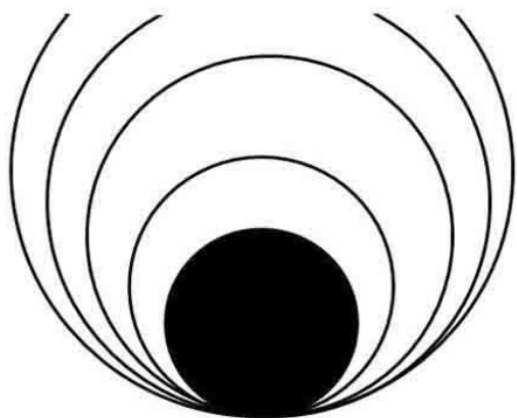




LA DIOSA QUE LLORABA SANGRE

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

LA DIOSA QUE LLORABA SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 946
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 17.962 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1980

© Clark Carrados - 1980
texto

© Desilo - 1980
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Con ferocidad indescriptible, el asesino descargó un tremendo golpe en la cabeza de su víctima, que se desplomó al suelo con el cráneo destrozado, sin lanzar un solo grito. Indiferente a los últimos espasmos de la víctima, sin hacer el menor caso de la sangre que manaba abundantemente por la horrible herida, el asesino se acercó a la repisa donde estaba la joya y la contempló con ojos arrobados.

El asesino tenía motivos más que sobrados para sentirse admirado ante la joya. Era una estatua de jade puro, casi totalmente transparente, de unos treinta centímetros de alto, y representaba a una mujer, ataviada con ricas vestiduras de ceremonia, sentada en una especie de trono, situado a su vez en un pedestal que formaba parte de la misma escultura. En torno a su cabeza llevaba una extraña diadema y tanto ésta como los ropajes habían sido tallados con infinita delicadeza, de tal modo que, por diminutos que fuesen, podían apreciarse a simple vista los menores detalles de los ornamentos que en su día sirvieran para modelo del artista.

Lo más curioso de todo, y que, por otra parte, aumentaba la belleza de la joya, eran los ojos, dos rubíes de siete u ocho milímetros de diámetro y casi otro tanto de grosor, perfectamente incrustados en la masa de jade. En la penumbra de la hornacina en que se hallaba la estatua, los rubíes fulguraban como vivas pupilas de fuego puro.

Al cabo de unos segundos, el asesino alargó la mano y, asiendo la joya, la introdujo en una bolsa de terciopelo que había llevado al efecto. Con sus manos enguantadas, cerró los cordones y se dirigió a la salida, sin mirar una sola vez a su víctima, cuyos movimientos habían cesado ya.

De pronto, cuando ya estaba a punto de abandonar la sala, se abrió la puerta.

Un hombre apareció en el umbral. James Sheinus, mayordomo

del muerto, apreció la situación de una rápida ojeada. Vio el cadáver de su amo, notó la hornacina vacía y divisó la bolsa de terciopelo en la mano del intruso.

—¡Ah, maldito ladrón...! —exclamó, a la vez que se arrojaba valientemente sobre el asesino.

Éste, sorprendido, tardó algunos segundos en reaccionar. Sheinus, aunque de edad madura, era bastante fuerte y trató de derribar al asesino. Durante unos instantes, los dos hombres forcejearon vivamente. La bolsa cayó al suelo, pero el grueso terciopelo, por fortuna, amortiguó el impacto.

Algo se rasgó en la chaqueta del asesino quien, viéndose perdido, metió la mano en un bolsillo y sacó un revólver que apoyó en el vientre del mayordomo.

Disparó una vez. Sheinus lanzó un gemido de agonía. Un dolor a quemado se elevó en la atmósfera instantáneamente.

El mayordomo se separó un paso, con las manos en el vientre y el rostro deformado por el dolor. Fríamente, a muy corta distancia, el asesino apuntó con todo cuidado a la frente de Sheinus y disparó por segunda vez.

Sheinus giró violentamente sobre sí mismo y se desplomó de bruces al suelo. El asesino maldijo mientras guardaba el revólver y se inclinaba para recobrar su botín. El ruido del primer disparo apenas si se había percibido, al ser hecho con la boca del arma apoyada directamente contra los ropajes de Sheinus, pero el segundo...

Meneó la cabeza. La hora, por fortuna, era bastante avanzada. Antes de que pudiera acudir nadie, él estaría ya muy lejos de aquel lugar.

Los enguantados dedos de Edsel Holymount levantaron la tapa de la caja y las joyas emitieron miríadas de chispazos multicolores, al reflejar la luz de la lámpara situada a poca distancia. Holymount sonrió para sí. Allí estaban todas las joyas cuya desaparición había sido denunciada tiempo atrás: el valioso collar de perlas, de tres vueltas; el pendentif de esmeraldas, los herretes de diamantes y las dos pulseras de oro, con rubíes y diamantes, amén de unas cuantas sortijas de indiscutible valor. Aquello, pensó Holymount, tenía un valor muy próximo al medio millón.

Se preguntó cómo había podido ser tan descuidado el ladrón de

las joyas. Seguramente, pensó, era porque nadie sospechaba de él.

«Nadie sino yo, claro», sonrió, mientras empezaba a guardarse las joyas en uno de los bolsillos de su cazadora de piel negra.

El joyero estaba encima de un escritorio de lujosa factura, con incrustaciones de marfil en la madera de cedro auténtico. Holymount decidió incrementar sus «honorarios» y sacó una navaja, con la que forzó el cajón central del mueble.

Un grueso fajo de billetes apareció ante sus ojos. Holymount paseó el índice por el borde de los billetes. Había cien, estimó, y todos eran de cien...

Los billetes fueron a parar a su bolsillo. Holymount no sentía el menor escrúpulo.

«Quien roba a un ladrón...», se dijo.

Cuando se disponía a abandonar el lugar, sonó el ruido de la puerta.

Holymount maldijo entre dientes a la vez que corría hacia el amplio ventanal por el que había entrado en la casa. En el lado opuesto, sonó un chillido de mujer.

—¡Ernie, un ladrón!

El hombre emitió un grueso juramento y, sin vacilar, sacó un revólver con el que disparó contra Holymount. Éste tenía ya un pie en el borde de la barandilla de la terraza y sintió perfectamente el soplo de la bala justo por encima de su hombro.

—¡Demonios, esto se pone serio!

Saltó al suelo, distante un par de metros, y echó a correr. Su víctima corrió hacia la terraza y disparó unas cuantas veces más, pero Holymount se había perdido ya en la oscuridad que reinaba al otro lado del jardín.

Los disparos alborotaron a la vecindad. Un par de perros empezaron a ladrar a pleno pulmón. En su loca carrera, Holymount se encontró con un seto de metro y medio de altura, que salvó de un ágil salto, para pasar al otro lado. Pero casi en el acto se dijo que le iba a resultar imposible llegar hasta su coche, estacionado a unos trescientos metros de distancia.

A su izquierda, divisó una débil luz. Desvió el sentido de su marcha y corrió hacia allí. Encontró una terraza muy parecida a la que acababa de abandonar; agarró con ambas manos el reborde inferior y se izó en un par de rápidos movimientos al otro lado.

Cruzó la terraza. El ventanal estaba entreabierto y las cortinas casi completamente corridas. Movi6 un poco la vidriera, pasó al otro lado, cerró con cuidado y terminó de correr las cortinas, para que no saliera el menor resplandor fuera de la casa.

Un segundo después, las luces se encendieron de repente. Holymount se volvió, para encontrarse frente a una hermosa joven, con ropas de dormir, que le apuntaba con un revólver.

—Levante las manos —ordenó ella—. Póngalas sobre la cabeza o dispararé.

La voz de la joven era lo suficientemente firme para que Holymount comprendiera en el acto que estaba dispuesta a cumplir lo que prometía. Levantó las manos y entrelazó los dedos sobre su cabeza.

—Creo que se equivoca, señora —sonrió—. No soy lo que parezco, por lo que le ruego me permita explicarle...

—¡Cállese! —ordenó ella.

Holymount apreció que se trataba de una muchacha de poco más de veinte años —«seguro, seguro, no llega a los veinticuatro», calculó mentalmente—, bastante alta, de pelo negro, muy largo, ojos verdosos y silueta de proporciones perfectas. Detrás de la joven había una lámpara y su cuerpo de advertía casi con toda nitidez al trasluz.

—De modo que no es un ladrón —dijo la joven.

—No. Verá, deje que me explique...

—Han sonado disparos. Fuera hay un jaleo imponente. Ladran los perros y se oyen gritos de personas alarmadas. Por si fuera poco, veo asomar parte de un collar de perlas fuera de uno de sus bolsillos. ¿Iba a dejarlo como donativo para alguna familia sumida en la miseria?

Holymount emitió una maldición entre dientes. Instintivamente, fue a meter las perlas más adentro, pero ella agitó el revólver.

—¡Quieto! ¡Repito que no debe moverse, a menos que prefiera acabar en el cementerio!

—Caramba, qué mal genio tiene usted, señora —se escandalizó Holymount—. Le aseguro que no pretendía hacerle el menor daño; sólo quería... escapar...

—¿Por aquí? —se burló la joven.

—Bueno, pensaba dejar pasar un rato, hasta que el jaleo se

hubiese calmado y luego...

—No me fío de usted. Tiene un aspecto muy agradable, rostro simpático...

—Muchas gracias, señora —sonrió Holymount.

—Pero hace seis semanas, en esta misma casa, se cometieron dos asesinatos. El criminal se llevó una valiosa joya y no ha sido hallado todavía. ¿Quién me asegura que no es usted el autor de esas dos muertes?

—Yo. Jamás he matado a nadie, se lo juro.

Ella entornó los ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Edsel Holymount y...; bueno, trabajo independientemente. No tengo patrón, yo soy mi propio amo.

—Claro, trabaja robando joyas y todo lo que encuentra en el camino, ¿verdad?

—Señora, estas joyas fueron robadas y mi intención es devolverlas al legítimo propietario, a cambio, naturalmente, de una recompensa. Por supuesto, tendré que tratar con la compañía aseguradora, pero, teniendo en cuenta que el valor asciende a medio millón, aproximadamente, puede imaginarse fácilmente la cuantía de mi recompensa.

—¿Diez por ciento?

—Cinco. Soy más modesto que otros, porque así tengo la seguridad de que mis propuestas son aceptadas sin más discusión.

—Entonces es un empleado...

—No, no, en absoluto. Trabajo de una forma completamente independiente. Rescato las joyas, lo anuncio con toda discreción, hacemos el trato... y eso es todo.

—Por lo cual, necesitaré informarse previamente, una vez que se ha enterado del robo de las joyas.

—Es lógico —sonrió Holymount—. Nadie puede trabajar en cualquier cosa, sin previa información. Pero, como puede comprender, no voy a revelarle...

—No siga, le comprendo y no me interesa saber más.

Fuera se oían sirenas policíacas. El jaleo, en lugar de disminuir, parecía haberse incrementado.

—Señor Holymount —dijo la joven—, quiero hacerle una proposición. Abrigo la sensación de que es sincero y por ello

guardaré silencio. Pero tendrá que hacer lo que yo le indique.

—Si no es muy costoso...

—Puede resultarle costoso en años de cárcel.

—Está intentando un chantaje contra mí, señora...

—Señorita Marcia Sterling —puntualizó ella—. Hace seis semanas, en esta misma casa, murieron violentamente dos personas, una de las cuales era mi tío, Spencer Rybolt. Era un reputado arqueólogo y, en uno de sus últimos viajes a Borneo, se trajo una estatua, que fue robada por el asesino y de la cual, como es lógico, no hay la menor noticia hasta el momento.

Holymount hizo chasquear los dedos.

—¡Ahora recuerdo! —exclamó—. Los periódicos hablaron mucho entonces del asunto. Era una estatua de jade, de un valor incalculable...

—Exactamente. La estatua tiene un valor inmenso, pero más artístico que económico, aunque éste tampoco es de desdeñar. Si consideramos solamente el valor económico, podríamos hablar de un par de millones de dólares. Puede usted figurarse fácilmente a cuánto ascendería su recompensa, caso de que consiguiera recobrarla.

—Cien mil pavos —murmuró Holymount—. No está nada mal, pero ¿cómo puede estar segura de mí? Ahora le digo sí y mañana, si te he visto no me acuerdo...

Marcia sonrió.

—Tengo la solución —contestó.

En aquel instante, sonaron unos fuertes golpes en la puerta. Marcia añadió vivamente:

—Pronto, quítese la chaqueta y el *pullover* negro. Quédese desnudo de la cintura para arriba. ¡No pierda tiempo, estúpido!

CAPÍTULO II

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Holymount se encontró desnudo de la cintura para arriba. Vio botellas y copas en una mesa y pensó que sería conveniente tomar un trago.

Marcia abrió muy pronto. Desde el lugar en que se encontraba, Holymount la vio hablando con un par de policías de uniforme. Ella les invitó a pasar. Los policías pudieron verle desde la puerta. Uno de ellos hizo un gesto negativo e indicó a su compañero que ya podían marcharse.

La puerta se cerró. Marcia volvió a la sala.

—Ha pasado el peligro —dijo sonriendo—. Les he dado a entender que estaba pasando la velada en compañía de un amigo.

—Se han mostrado comprensivos, parece —contestó él.

—Sí, claro. Bien, ¿qué le parece si ahora seguimos hablando de nuestro asunto?

—No hay inconveniente, soy todo oídos, señorita Sterling.

—Estábamos hablando de Bela

Phi-Tu,

la Diosa que Lloro Sangre. Es una estatua sedente de jade puro, con dos enormes rubíes como ojos, lo cual, sin duda, ha originado el nombre. Mi tío, repito, la trajo de Borneo... y alguien se la llevó, después de asesinarle a él y a su mayordomo. Precisamente en esta misma casa.

Holymount se acarició el mentón.

—Dos millones... cien mil...

—A juzgar por lo que he oído, usted puede hacerlo. Devuélvame la estatua y tendrá la recompensa.

—Se fía de mí, ¿eh?

—Creo que puedo fiarme —respondió Marcia.

—Usted no ha querido denunciarme...

—Le hice un favor. ¿Acepta?

—¿Y si luego pienso que no me conviene el trato? Han muerto dos personas y, normalmente, yo no suelo intervenir en asuntos donde hay violencia. Ya ve, ni siquiera voy armado. A usted, sí, parece que le gustan las armas.

—Es una mera precaución defensiva —replicó ella. Tenía las manos a la espalda y, de pronto, enseñó el revólver—. Apártese de esa silla —ordenó perentoriamente.

Holymount obedeció. Sin perderle de vista, Marcia se acercó a la silla y cogió con la mano libre la cazadora de Holymount. Luego, sentada en otra silla, empezó a sacar las joyas, que depositó sobre una mesa.

Finalmente, enseñó el fajo de billetes y sonrió.

—No me ha mentido —dijo—. El autor de los disparos denunció solamente el robo de diez mil dólares. Se ha callado lo de las joyas.

—Le convenía, era el ladrón.

—¿Por qué le ha quitado también el dinero?

Holymount sonrió.

—Es un sinvergüenza. Ese dinero, con toda seguridad, procede de otro lote de joyas, al que yo no he llegado a tiempo.

—Debería devolvérselo a la víctima...

—No, si las joyas no aparecen, cobrará del seguro. Pero ¿por qué no habla claro de una vez? Su conducta es un tanto ambigua...

Con la mano libre, Marcia le arrojó el fajo de billetes, que él atrapó al vuelo.

—Puede quedárselo y, de ese modo, me ahorra un anticipo para gastos —dijo—. Pero yo guardaré las joyas, hasta que me haya traído la estatua de la diosa.

—¡Por todos los diablos...!

Impasible, Marcia le apuntó con el revólver.

—No tiene otra salida. Debe aceptar mis condiciones, señor Holymount. Guardaré las joyas...

—¿Tan bien como su tío guardaba la estatua de jade?

—La estatua se hallaba en una hornacina, a la vista de cualquiera —respondió Marcia—. Las joyas quedarán en la caja fuerte. Y yo no soy una ladrona, de modo que puede estar seguro de que cumpliré mi palabra.

Holymount extendió los brazos.

—He caído en una trampa que no puedo burlar —se resignó—.

Pero supongamos por un momento que, pese a mis esfuerzos, no recobro la estatua. ¿Qué hará entonces?

—Si me persuade de que ha sido sincero, le devolveré las joyas. Simplemente, perderá cien mil dólares, eso es todo.

—Está bien. —Holymount empezó a vestirse—. Oiga, ¿tiene alguna idea de quién pudo cometer el robo? Y los asesinatos, por supuesto.

—Para mí, hay tres sospechosos. El primero es John O'Tyne,

director del Museo Arqueológico. Estaba locamente interesado en la adquisición de la estatua. Otra persona sospechosa es Bea van Rindt, mujer algo madura, pero aún hermosa e inmensamente rica y caprichosa. Aunque sé que es por puro esnobismo, los caprichos de la señora Yan Rindt, consisten en comprar «cositas» de Rubens, Rembrandt, Goya, Picasso y compañía.

—¡Cielos! —Se espantó Holymount—. Esa dama debe de nadar en dinero.

—Se le calcula una fortuna próxima a los ochocientos millones de dólares. ¿Qué le parece?

—Abrumador. ¿Cuál es el tercer sospechoso?

—A mi entender, el más peligroso de los tres: coleccionista furibundo y un gran entendido en arte. Su nombre es Raymond Langhorne, quien, además, es un notable experto que no necesita de otros para saber si un cuadro es o no legítimo. También es muy rico, aunque no tanto como la señora Van Rindt.

—Está bien —dijo Holymount—. Espolearé a mis confidentes para que consigan información. ¿Residirá usted en esta casa permanentemente? Lo digo para ponerme en contacto con usted...

—Sí, puede llamarme cuando guste. Voy a vivir aquí definitivamente. Yo era la única pariente de mi tío y he heredado cuánto poseía.

—Perfectamente.

De pronto, Holymount reparó en una fotografía, situada sobre una consola. Era el retrato de un hombre de unos treinta y cinco años, bien parecido y de jovial sonrisa.

—¿Su tío? —preguntó.

—No, es Calvin Fogarty, mi prometido.

—Un hombre digno de envidia —dijo él.

Se encaminó hacia la puerta. Desde allí, alzó el índice.

—No trate de engañarme —solicitó.

Marcia hizo un gesto afirmativo.

—Me gusta ser leal en mis tratos —respondió.

—Entonces... cuente con la Diosa que Lloro Sangre.

—Y usted con los cien mil dólares de recompensa.

—El caso se presenta más que difícil —dijo al día siguiente Pete Cuss, alias el Telescopio, debido indudablemente a su excelente vista, tanto física como figuradamente—. Dos «fiambres» y una estatua de un valor inmenso. La policía está completamente desorientada y hasta ahora no ha encontrado una pista que le permita siquiera hacer la más mínima suposición.

—Yo tengo tres sospechosos, Pete —dijo Holymount, encaramado en un taburete, mientras removía el azúcar de su taza con una cucharilla—. Te daré sus nombres y pondrás a los muchachos a trabajar. No quiero que les digan una sola palabra; simplemente, han de vigilar el menor de sus pasos, ¿entendido?

—Sí, desde luego. Oye, eso costará dinero...

—No te preocupes, dispongo de fondos. Pero me interesa encontrar la estatua de jade, Pete.

—Comprendo. Hay una buena recompensa en perspectiva, supongo.

—Sí. —Holymount apuró el café—. Pete, ¿quién se cargó a Rybolt y a su mayordomo?

—Imposible saberlo, Edsel. Pudo ser uno de los sospechosos... o bien la persona a la que encargó robar la joya. Como fuese, el ladrón y asesino, no dejó la menor huella... salvo un martillo manchado de sangre y dos balas en el cuerpo del mayordomo. El arma no estaba registrada y las balas no han sido identificadas con otras armas ya fichadas por la policía.

—Quizá, después, el asesino arrojó la pistola a un lago...

—Pudiera ser —admitió Cuss—. De todos modos...

—¿Sí, Pete?

Cuss hizo una mueca.

—Es un caso muy difícil, Edsel; costará bastante trabajo.

Holymount suspiró.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Dame mil quinientos «pavos» —pidió el confidente.

—Te los daré, pero quiero resultados, ¿enterado?

—Descuida. Oye, dime una cosa, ¿quién le robó anoche diez mil dólares a Ernie Priller, alias el Dedos Finos?

—No lo sé; yo estaba con una dama y me he enterado esta mañana.

Cuss soltó una risita irónica.

—Bueno, a fin de cuentas, Priller se lo tiene bien merecido —exclamó.

Momentos después, se embolsaba los billetes y abandonaba el bar. Holymount quedó allí, acodado sobre el mostrador, mientras fumaba un cigarrillo y trataba de dar con la mejor forma de conseguir el objetivo.

Como había dicho Cuss, iba a ser un asunto muy difícil. Pero a Holymount le encantaban los casos difíciles. Disfrutaba mucho más, una vez conseguida la solución.

Encontrar las joyas en casa de Priller había sido relativamente fácil. Ahora, sin embargo, se encontraba con un asunto iniciado seis semanas antes y del que nadie tenía la menor pista.

En aquel caso había dos variantes: el ladrón de la estatua podía haber realizado el robo por sí mismo o por mediación de persona interpuesta. Pero no cabía la menor duda de que era un hombre al que no le importaba matar.

Debería tenerlo muy presente, se dijo. Si el actual dueño de la joya no lo había hecho personalmente, lo había encargado a otra persona, a quien, sin duda, le había pedido consiguiera la estatua a cualquier precio.

Ello podía significar la muerte, a poco que se descuidase.

De pronto, entró un hombre en el bar y se dirigió al mostrador. Era un sujeto de mediana estatura, más bien achaparrado y de tez morena y ojos achinados. En un pésimo inglés, pidió café al barman y éste le miró como si se tratase de un bicho raro.

—¿Por qué no hablas como las personas, mono vestido? —le apostrofó.

El recién llegado se puso rígido.

—Usted no insultar, por favor —pidió.

—Vaya, tenemos un piel roja fuera de la reserva —rió el barman

—. ¿Dónde están tus plumitas, hermano?

—Será mejor que le sirva café y se deje de estupideces —

intervino Holymount súbitamente—. El señor es un cliente y tiene derecho a que usted le trate con corrección.

—Mire, amigo, esto no es cosa suya —contestó el barman malhumoradamente—. No me gustan los tipos de piel oscura, eso es todo.

—Sírvale un café —dijo Holymount heladamente.

El barman se dio cuenta de que tenía frente a sí a un hombre dispuesto a darle un correctivo y se mostró súbitamente servicial.

—Sí, señor, al momento...

—Ya no hacer falta —dijo el sujeto—. Yo no querer tomar café aquí; cuando querer suicidarme por veneno, volver aquí otra vez.

Holymount contuvo una sonrisa. El barman se puso colorado.

—Dispense, amigo, era sólo una broma...

—Usted no hablar en broma, yo no volver aquí jamás —dijo el desconocido. Se volvió hacia Holymount e hizo una profunda reverencia—. Yo siempre guardar gratitud hacia usted, noble señor. Un día, tal vez, devolver gentileza. Gracias otra vez, señor.

Holymount se quedó boquiabierto. El supuesto piel roja se alejó hacia la puerta y desapareció a los pocos segundos.

—Me parece que yo también le voy a imitar —dijo, a la vez que arrojaba un billete sobre el mostrador—. Por casualidad, he venido aquí por primera vez, pero creo que es también la última.

El barman lanzó una maldición a media voz. Holymount se marchó sin hacerle caso.

En la calle, encendió un cigarrillo. ¿Por dónde debía empezar sus investigaciones?

De pronto, pensó que John

O'Tyne

era el más indicado, en su calidad de director del Museo Arqueológico.

CAPÍTULO III

John

O'Tyne,

alto, delgado, de aspecto relamido, se sentó en su sillón giratorio de alto respaldo, cruzó las piernas, juntó las yemas de los dedos y miró benévola a su visitante.

—Y dígame, señor Holymount, ¿cuál es su interés en Bela Phi-Tu?

—preguntó.

Holymount se ajustó ligeramente el nudo de la lujosa corbata de seda que se había puesto especialmente para la ocasión. Vestía con gran elegancia, aunque de forma discreta, y llevaba consigo un maletín de ejecutivo.

—Verá, señor

O'Tyne,

soy propietario y director de una fábrica de reproducciones de objetos artísticos, Polkart, es el nombre registrado de la empresa. Fabricamos toda clase de reproducciones, para adorno de las casas... Oh, ya me doy cuenta de la escasa valía artística de nuestras reproducciones, pero a la gente le gusta tener una copia del Apolo del Belvedere, de la Venus de Milo... en tamaño reducido, por supuesto. Por eso me gustaría hacer una reproducción de esa diosa exótica y, para asesorarme debidamente, he venido a visitar a la persona que mejor puede hacerlo.

O'Tyne,

halagado, sonrió.

—Es usted muy amable y temo que mis méritos no sean suficientes para lo que usted pretende...

—¿Es que no puede decirme nada de la diosa?

—Oh, en absoluto, puedo contarle la historia entera, la leyenda... pero, desgraciadamente, no tengo el original para poder

obtener una reproducción como usted desea. Lo robaron de casa de su dueño, al que asesinaron.

—Sí, estoy enterado del caso y por dicha razón he venido a visitarle a usted. ¿Era verdaderamente el dueño?

—Se refiere al profesor Rybolt, sin duda.

—Sí, claro.

O'Tyne

sonrió de un modo especial.

—Tomado en el sentido práctico, era el dueño. Ahora, si miramos el aspecto legal del asunto, la palabra dueño no resulta... exacta.

Holymount fingió asombrarse.

—¿Quiere decir que... la robó?

—Sus dueños auténticos no dieron su consentimiento para que se la trajera aquí —contestó

O'Tyne.

—¿Quién lo iba a decir? —murmuró Holymount—. Un hombre como Rybolt, de tanta reputación, convertido en un ladrón...

—En los museos de las naciones civilizadas hay millares de objetos que no fueron comprados a sus dueños —dijo

O'Tyne

sentenciosamente.

—Sí, algo he oído hablar sobre el particular... ¿De verdad era tan valiosa esa estatua?

—Es de jade puro y sus ojos son dos rabies de enorme tamaño. Aparte del valor del mineral, hemos de tener en cuenta la incomparable talla de que fue objeto el bloque original. Es una obra de arte realmente fantástica, como no se ha visto otra igual... Le costaría mucho reproducirla, señor Holymount.

—Oh, tengo buenos especialistas en mi fábrica —sonrió el joven—. Esa joya, supongo, habría resultado una pieza maestra en su museo.

—No se lo puede imaginar. Yo la quise comprar al profesor, pero éste se negó con lo que podríamos calificar de ridícula tenacidad. ¿Por qué una joya semejante había de ser contemplada por una sola persona o, en el mejor de los casos, unos cuantos amigos suyos? Merece ser vista y admirada por millares de personas amantes del arte y no permanecer escondida en algún desconocido sótano o en

una caja fuerte, de la que sólo saldrá en muy contadas ocasiones.
¡Esconder a Bela

Phi-Tu

es una blasfemia artística, señor Holymount!

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Holymount virtuosamente. Se puso en pie—. No sabe cuánto agradezco el tiempo que ha perdido conmigo.

—Al contrario, ha sido un placer y... créame, deploro muy sinceramente no poder satisfacer sus deseos.

—Hubiéramos pagado una buena suma, como *royalties*...

O'Tyne

alzó las cejas.

—¿Mucho dinero? —preguntó.

Holymount le miró fijamente.

—El suceso ha causado mucho ruido —dijo—. La diosa, por otra parte, es muy bella. Las reproducciones se venderían como rosquillas y no sólo al público en general, sino a cientos de muscos... La Folkart estaría dispuesta a pagar doscientos cincuenta mil dólares, en concepto de derechos de reproducción hasta una determinada cifra de unidades. Una cantidad superior, motivaría un incremento en los *royalties*, por supuesto.

—Es una lástima, no puedo hacer nada —contestó

O'Tyne

—. Créame que lo siento infinito...

—Gracias por todo una vez más —se despidió Holymount.

Una cosa había podido apreciar en

O'Tyne,

y era la codicia. Tal vez, tentándole en este sentido, podría obtener algún resultado.

Al salir del museo, divisó un coche parado en la otra acera. Su ocupante le hizo un guiño disimulado. Holymount contestó con un discreto parpadeo y siguió su camino.

O'Tyne,

se dijo, estaba bien vigilado.

El siguiente de la lista era la millonaria Bea van Rindt, pero no tenía demasiada prisa y decidió dejarlo para la tarde. Buscó el restaurante de un conocido y se dispuso a satisfacer el apetito.

Cuando le servían el primer plato, entró una pareja.

Holymount reconoció a Marcia Sterling. El hombre que la acompañaba, no cabía duda, era su prometido.

Ella le vio también y movió la cabeza graciosamente. Su acompañante reparó en el detalle. Holymount vio que se ponía serio en el acto y le decía algo a la muchacha. Marcia se encogió de hombros.

Holymount siguió comiendo. Al terminar, se puso en pie. Su mirada se cruzó casualmente con la de la joven. Ella le hizo una ligera señal.

El joven se acercó.

—¿Cómo está, señorita? —saludó cortésmente.

—Celebro verle —dijo Marcia—. Le presento a mi prometido, el señor Fogarty. Calvin, éste es Edsel Holymount, de quien ya te he hablado.

Fogarty se puso en pie.

—Encantado —dijo con seco acento.

Y, antes de que pudiera añadir una sola palabra, se acercó un camarero.

—¿Señor Fogarty? Teléfono, por favor.

—Está bien. Dispénsame, Marcia; vuelvo enseguida.

Fogarty se alejó. Holymount y la joven quedaron solos.

—De modo que le ha contado a su prometido lo que pasó —dijo él, en son de reproche.

—Sólo le dije que le he contratado a usted para recobrar la estatua —respondió la muchacha.

—¿Ha mencionado las joyas?

—Por favor, señor Holymount...

El joven sonrió.

—Si se lo ha callado, ha hecho bien —aprobó—. No quiero entretenerla más; parece que no le resulto simpático al hombre cuyo apellido llevará muy pronto.

—Está equivocado...

—Tengo buen ojo clínico y he podido darme cuenta de que no soy santo de la devoción del señor Fogarty. Adiós.

—Oiga, ¿ha conseguido algo? —preguntó Marcia precipitadamente.

Holymount sonrió.

—Acabo de empezar —respondió.

Atardecía ya, cuando llegó a la lujosa mansión en donde residía la supermillonaria Bea van Rindt. Una enorme verja contorneaba el jardín que rodeaba la casa y tuvo que esperar unos minutos, antes de que apareciera un vigilante con cara de pocos amigos. Holymount tuvo que dar su nombre y expresar los motivos de su visita.

—Dígale que quiero hablarle de Bela

Phi-Tu.

—¿Es algún amigo de la señora? —preguntó el guardián.

Holymount sonrió.

—No es amigo, sino amiga... y mucho —contestó.

—Está bien, aguarde.

Transcurrieron otros tantos minutos. Al fin, fue autorizado a penetrar en el recinto. El mismo vigilante le acompañó hasta la puerta de la casa, en donde se hizo cargo del visitante un altísimo mayordomo, que le miró como si fuese un insecto. El mayordomo le acompañó hasta una pequeña salita, amueblada con sillones Luis XV auténticos, en la que había una mujer, leyendo unas cartas, con la ayuda de unos lentes que se quitó precipitadamente.

Holymount alzó las cejas. Bea van Rindt no llegaba siquiera a los treinta y cinco años, en contraposición con las afirmaciones de Marcia. Era realmente hermosa y tenía una silueta con muchísimos atractivos, aparte de un rostro muy agradable.

—Señor Holymount, ¿qué tiene usted que decirme acerca de la diosa de jade? —preguntó la dueña de la mansión.

—He venido a formularle una propuesta —contestó el visitante—. Le aseguro que no soy un estafador y la prueba es que no pienso pedirle un solo centavo por anticipado. Eso la convencerá de la rectitud de mis intenciones, espero.

Bea asintió.

—Parece correcto... pero quizá no me interese su proposición —contestó fríamente.

—Será porque teme la competencia.

—¿Cómo?

—En su lugar, yo no tendría ese temor. Es usted demasiado hermosa para temer la competencia de Bela

Phi-Tu,
señora.

Bea sonrió, a la vez que se atusaba el cabello, muy rubio y cuidadosamente peinado.

—Me disgustan los halagos —contestó. Pero sonreía complacida.

—No suelo faltar a la verdad, aunque ello me reporte contratiempos desagradables. El hecho, que imagino cierto, es que a usted le agradaría poseer la estatua de jade.

—Quise comprarla, pero el dueño, infortunadamente fallecido, se negó a ello. Pero ¿por qué me habla usted de ese asunto? He dejado de interesarme por la estatua...

—¿De veras? ¿No le gustaría ser su dueña? Por un precio módico, naturalmente.

Los ojos de Bea chispearon un instante.

—¿Trata de decirme que usted sabe dónde está? —preguntó.

—Por favor... Solamente he venido a ver si está dispuesta a pagar, digamos, doscientos cincuenta mil dólares, por algo que vale casi diez veces más. Si recibo una respuesta afirmativa, me pondré a buscarla para usted.

—¿Y si le digo que no?

—Hay más gente interesada en Bela

Phi-Tu,
señora.

Bea calló unos segundos.

Luego dijo:

—Por supuesto, de aceptar, sería un asunto tratado con la máxima discreción.

Holymount sonrió.

—En este mismo instante, sólo conocen mis intenciones dos personas: usted y yo. Y nadie más, puede tenerlo por seguro, señora Van Rindt.

—¿Ha dicho doscientos cincuenta mil? ¿Por qué se conforma con tan poco, cuando la estatua vale infinitamente más?

—Señora, esa suma es fácilmente alcanzable. Pedir una cifra mucho mayor sería tanto como enfrentarse con una negativa. Para mí, es más que suficiente, aunque para usted resulte una minucia. Todo depende de los puntos de vista y de la situación de cada cual.

—Eso sí es cierto —contestó Vea Rindt, sonriendo—. Pero ¿cree que podrá conseguir la estatua?

—Soy moderadamente optimista al respecto. Por eso no le pido

nada hasta tener la estatua en mis manos.

—De acuerdo —se decidió ella finalmente—. Acepto... pero, repito, la discreción ha de ser absoluta.

—Soy el primer interesado en ello, señora —aseguró Holymount—. Y puesto que ha aceptado mi proposición, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, desde luego.

—¿Tiene usted alguna idea acerca de la persona que ordenó el robo de Bela

Phi-Tu?

—Ninguna, aunque sé de dos personas que estaban muy interesadas en la joya.

—¿Hasta el punto de asesinar por conseguirla?

Bea hizo un gesto ambiguo. Holymount entendió que la dama no quería comprometerse a nada.

—Se llaman

O'Tyne

y Langhorne. Del segundo le diré que sería capaz de cualquier cosa —respondió.

—¿Pudo hacerlo él personalmente o, digamos, por delegación? Me refiero a Langhorne, claro.

—Tal vez... No puedo darle una respuesta definitiva.

Holymount entendió que ella no quería comprometerse a nada y se puso en pie. Galantemente, se inclinó, tomó la mano de Bea y la besó.

—Señora, no sé cómo agradecerle la amabilidad que ha tenido al recibirme —dijo como despedida.

Ella le miró a través de sus espesas pestañas. Delante de sí tenía a un hombre de unos treinta años, de cabello castaño, rizado, ancho de hombros, poco más de un metro setenta y cinco centímetros, y sonrisa llena de atractivos masculinos. Holymount se había puesto un jersey de cuello alto, claro, y chaqueta de cuero rojizo, lo que le confería un aire elegantemente deportivo, muy interesante.

—Tráigame pronto buenas noticias, señor Holymount —solicitó—. Daré órdenes para que le dejen pasar inmediatamente, no importa la hora que sea.

—Gracias de nuevo, señora Van Rindt.

Holymount salió de la mansión, relativamente satisfecho de la

entrevista. Casi podía dar por descartada a la dama, como culpable del robo y de los dos asesinatos. Claro que nunca se podía decir una cosa en sentido definitivo, hasta tener la prueba concluyente de que no había tenido nada que ver con el hecho. Pero el instinto le decía que Bea van Rindt no era mujer capaz de ordenar dos muertes por conseguir una joya, cualquiera que fuese el valor de ésta.

Regresó a su casa. Vivía en un bloque de apartamentos, de tres plantas solamente, rodeado de un extenso jardín, sin valla. El bloque tenía solamente una docena de apartamentos y éstos resultaban completamente independientes entre sí. Le gustaba aquella residencia y no pensaba cambiar de domicilio en mucho tiempo.

Detuvo el coche y saltó fuera. Dio unos pasos por el sendero que conducía a la entrada y, de repente, vio a un hombre que se erguía, al otro lado de un espeso seto, y a cuatro o cinco metros de distancia.

El hombre le apuntaba con un revólver. Durante un segundo, Holymount se quedó paralizado, más por el asombro que por el pánico. Súbitamente, antes de que el desconocido pudiera apretar el gatillo, vio aparecer una horrible mueca en su cara. Luego el hombre giró lentamente a un lado y se desplomó de bruces, desapareciendo momentáneamente de la vista del joven.

Holymount corrió hacia el seto y miró al otro lado. El hombre yacía boca abajo y algo asomaba en el centro de su espalda. Holymount se quedó pasmado. ¿Quién había lanzado aquel cuchillo al sujeto que pretendía asesinarle?, se preguntó.

De pronto, vio una silueta que se alejaba a todo correr. La luz era muy deficiente en aquel lugar y no pudo captar el menor detalle del fugitivo, a quien supuso autor del providencial lanzamiento del cuchillo. Como fuese, aquel hombre le había salvado la vida.

Luego miró en todas direcciones. Nadie parecía percatarse del incidente. No sentía el menor deseo de ponerse en una situación comprometida, por lo que siguió su camino, como si no hubiera pasado nada. Ya encontraría alguien el cadáver y llamaría a la policía.

CAPÍTULO IV

Cuando entraba en su apartamento, oyó el teléfono. Cerró, fue hacia el aparato y lo levantó:

—Holymount —dijo.

—Soy Marcia Sterling. Le he llamado unas cuantas veces y usted no me contestaba...

—Lo siento, estaba fuera.

—Trabajando, supongo.

—No, en mi harén particular. Tengo veintidós concubinas y debía atenderlas debidamente. Pobrecitas, me quieren tanto...

—No se haga el gracioso —dijo Marcia, irritada.

—¿Qué le pasa? ¿No tiene sentido del humor?

—Estoy esperando sus noticias sobre el asunto.

Holymount procuró armarse de paciencia.

—Muchacha, temo que usted no sabe nada de la vida —dijo—. Cree que soy un mago, al que la basta chasquear los dedos, para sacar la estatua del interior de un sombrero de copa. Y no es así, ¿me entiende?

—Le ruego me dispense...

—Tengo varios hombres trabajando en el asunto. Personalmente, ya he sostenido un par de entrevistas. Sin embargo, no he conseguido gran cosa, aunque debe tener en cuenta que es el primer día de mis investigaciones.

—Sí, señor Holymount.

—Mis hombres —continuó él— están vigilando a las personas que usted señaló como sospechosas. Conocer algún detalle interesante, lleva tiempo... y me parece que a usted le sobra.

—¿Lo cree así?

—En todo caso, yo sería el más interesado en conseguir el objetivo cuanto antes... por las joyas y por los cien mil dólares que me prometió, ¿lo recuerda?

—Desde luego. Pero ¿no puede decirme...?

—No —contestó Holymount bruscamente—. No puedo decirle nada, y si pudiera, no se lo diría. Tengo por costumbre no dar el menor dato de mis acciones. A usted le interesa la joya y la tendrá, aunque, eso sí, sin violencia. Si tuviera que emplear la violencia, habría desistido desde el primer momento.

—Yo podría haberle obligado...

—¿Quiere que la policía vaya a su casa y encuentre las joyas? Yo perdería el dinero de la recompensa, sus cien mil dólares... pero ¿en qué situación quedaría usted? ¿Cómo justificaría la posesión de esas joyas?

Marcia lanzó un gritito.

—Está bien, no se enoje —dijo conciliadoramente—. Sólo quena...

—Ya lo ha dicho —cortó él—. Espere, de repente, se me acaba de ocurrir algo... Mire, lo mejor será que se lo diga mañana por la mañana. ¿Estará en su casa?

—Sí, por supuesto.

—La llamaré, descuide. Lo que tengo que decirle es importante, pero no puedo hacerlo hasta mañana por la mañana.

—Voy a pasar la noche en vela, sin pegar ojo —se quejó Marcia.

—Tómese un sedante —se despidió Holymount malhumoradamente.

Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. Desde allí, podía ver los pies del cadáver.

Meditó unos instantes. Luego buscó un libro, lo abrió y lo dejó encima de una mesita, sobre la que situó también un vaso alto, con un poco de *whisky*. Un escenario perfecto, se dijo. «Un hombre que descansa plácidamente en su casa, que se levanta de pronto para servirse un trago y que, al mirar casualmente a través de la ventana, divisa los pies de un tipo caído. Entonces, ese hombre, cumpliendo un deber ciudadano...».

Dormía aún, cuando sonó el teléfono. Alargó la mano y se lo pegó a la oreja. Una voz hartó conocida le reprochó que estuviera aún en la cama.

—Pete, si hubiera salido de casa, no estaría hablando contigo —adujo.

—Eso sí es cierto. Y tengo noticias interesantes para ti.

—A ver, habla.

—

O'Tyne

salió ayer del museo, media hora más tarde de tu visita, y se encaminó a la Avenida Farncloung, número dos mil seiscientos treinta y siete. Allí vive un tipo llamado Roger Mallman, escultor de profesión.

O'Tyne

permaneció más de una hora en casa de Millman.

—Sigue, Pete, eso que dices es muy interesante.

—Millman estuvo procesado hace un par de años, por un asunto de falsificación de una obra de arte. Al final, resultó absuelto por falta de pruebas.

—O sea que es un pájaro de cuenta, Pete.

El Telescopio soltó una risita.

—Millman falsificaría el retrato de su padre, si le pagasen bien —contestó—. Y sólo un verdadero experto sabría descubrir la falsificación.

—Gracias. ¿Qué sabes de los otros dos?

—Por ahora, nada, Pero he leído los periódicos. Encontraron a un tipo apuñalado en el jardín de tu casa.

—Es cierto. Lo vi desde mi ventana y avisé a la policía. Hemos tenido bastante jaleo; por eso me quedé dormido.

—Era Jerry Wheeler, un mal bicho, capaz de matar a cualquiera por quinientos dólares. La ciudad está un poco más tranquila sin él, Edsel.

—Lo celebro.

—Tú sabes algo, ¿verdad?

—Pete, no seas curioso —rió el joven.

—Está bien. Tú te ocuparás de Millman, supongo.

—Déjalo de mi cuenta.

—De acuerdo. Oye, Wheeler tenía el cuchillo clavado hasta la empuñadura. El corazón resultó atravesado...

—Mala suerte para él —dijo Holymount fríamente.

Colgó el teléfono y se dirigió al baño. Luego se preparó un sólido desayuno. Al terminar, consultó el reloj.

Eran las diez de la mañana. Fue al dormitorio y empezó a

trabajar en cierta labor, que dio por terminada casi una hora más tarde. Se miró al espejo, sonrió satisfecho y se dispuso a salir a la calle.

Cuando cruzaba el jardín, vio a una mujer que avanzaba hacia la casa. Entonces se acordó de Marcia Sterling.

—Perdón, caballero —dijo—. Busco a un hombre llamado Holymount. ¿Puede decirme cuál es su apartamento?

Holymount se descubrió cortésmente.

—Lo ignoro, señora —contestó—. Hace muy pocos días que resido en este edificio y aún no he tenido tiempo de conocer a mis vecinos.

—Muchas gracias —sonrió ella.

Y siguió su camino.

Holymount continuó también andando, muy satisfecho de su aspecto. Iba correctamente vestido, con sombrero de ala abarquillada, traje marrón a rayas, chaleco claro y corbata de lazo. Había canas en sus sienes y en el abundante bigote, de guías rectas, que adornaba su labio superior. Unos lentes de montura negra, bastante grandes, los guantes de fina piel gris, el bastón y el portafolios, le convertían en una persona absolutamente irreconocible.

Mientras subía a su coche, Marcia llegaba por fin a la puerta de su apartamento. Llamó y a los pocos segundos abrió una mujer de mediana edad, que tenía en la mano el mango de un aspirador.

—¿Sí? —dijo la mujer.

—Soy Marcia Sterling —se presentó la muchacha—. Por favor, ¿quiere anunciarme al señor Holymount?

La mujer enarcó las cejas.

—¡Pero si acaba de hablar con él! —exclamó.

Marcia se quedó con la boca abierta.

—No puede ser...

—Si lo sabré yo —rió la asistente—. Les he visto desde la ventana, señorita.

—Él me dijo que no conocía a ningún vecino... —De pronto, Marcia se mordió los labios. Resultaba evidente que Holymount había tratado de burlarse de ella. «Le devolveré la pelota», se dijo, a la vez que forzaba una sonrisa de circunstancias—. Gracias, buena mujer.

—Anna Rubbin, a su disposición, señorita.

Marcia dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—Me las pagarás, Edsel Holymount —se prometió a sí misma.

Con gesto más bien desabrido, Raymond Langhorne tomó la tarjeta de visita y leyó:

—Edsel Holymount, arqueólogo y especialista en recuperaciones. ¿Qué quiere decir lo segundo, señor Holymount?

El visitante carraspeó.

—Exactamente lo que significa, señor Langhorne —contestó—. Pero le falta una frase, que siempre completo yo en presencia de un cliente potencial: «De obras de arte».

—¡Ah! —murmuró Langhorne—. Creo que le comprendo. Sin embargo, no he perdido ni me han sustraído ninguna obra de arte de las tengo en mi colección.

Holymount sonrió, mientras paseaba la mirada por el vasto despacho en que se hallaba. Había un par de cuadros, de firmas muy valiosas. Los estilos de Turner y Gainsborough eran fácilmente reconocibles. Entre los dos, había un cuadrito más pequeño. Se levantó y lo contempló durante unos segundos.

—Una tabla flamenca del siglo xv —identificó—. Posiblemente, formaba parte de un tríptico, del que sólo tiene usted la obra central.

—Es cierto, pero para su consuelo le diré que los laterales se perdieron en un incendio. Por tanto, no puede pensar siquiera en recuperarlos. Insisto en que no me falta ninguna obra de arte, señor Holymount.

—Si no la tiene en su colección, le falta.

Langhorne abrió la boca un instante. Luego, súbitamente, se echó a reír.

—Una frase muy ingeniosa —dijo—. En cierto modo, es muy semejante a la que se ve en ciertos escaparates comerciales. «Si no ve lo que desea, entre y pídale». ¿No es eso lo que quiere usted decirme?

—Admiro su agudeza, señor Langhorne.

Holymount divisó un valioso jarrón encima de una columna de mármol, con el capitel de estilo dórico y, asiéndolo con ambas manos, lo llevó a mesa de trabajo. Luego se retiró unos pasos y contempló la columna vacía.

—Podría ser un buen sitio, pero no encajaría —murmuró—. Una hornacina, adecuadamente iluminada, resultaría mejor.

—Por ejemplo, aquélla —dijo Langhorne.

Holymount volvió la cabeza. En la pared de la derecha había una hornacina, en cuyo interior se divisaba una estatua de la Virgen, sentada, con el Niño. Tanto el rostro de la Virgen como el del Niño tenían un color pronunciadamente oscuro.

—Imaginería española románica del siglo XIV —identificó.

—¡Blanco! —exclamó Langhorne—. Veo que es usted entendido...

—Tendría que hacerse construir otra hornacina. Sería el lugar más adecuado para la estatua de Bela

Phi-Tu.

Langhorne oyó aquellas palabras y dejó de sonreír en el acto.

—¿Por qué no habla claro, señor Holymount? —solicitó.

—Soy especialista en recuperaciones, ya lo sabe.

—Y usted quiere que Yo...

—Le costaría doscientos cincuenta mil dólares.

Langhorne echó el busto hacia adelante.

—¿Sabe dónde está? —preguntó con gran avidez.

Holymount sonrió sibilinamente.

—¿He mencionado una cifra muy elevada?

—Primero conteste usted...

—No, conteste usted antes.

—Está bien, pagaría, incluso el doble, pero... si trata de engañarme...

—Si acepta mi trato, le pediré el cuarto de millón contra entrega de la estatua. No quiero un solo centavo por anticipado. Eso le convencerá de mis intenciones, supongo.

—Sí —admitió Langhorne—. Estoy de acuerdo. Tráigame la estatua y tendrá los doscientos cincuenta mil dólares. Lo deseo más que nada en este mundo, señor Holymount. Aquel estúpido Rybolt no quería ni oír hablar de la venta...

—Y alguien le asesinó para ahorrarse un montón de dinero.

Langhorne se puso rígido.

—En todo caso, no fui yo. Ni ordené tampoco que robasen la estatua —declaró.

—Por favor, ¿cómo se me iba a ocurrir pensar una cosa

semejante de usted? —sonrió el joven—. Pero quizá tenga algún competidor, que se le adelantó...

—Acaso el director del Museo Arqueológico.

—¿Cómo? ¿Supone que el señor

O'Tyne

fue capaz...?

Langhorne soltó una risita.

—Imagínese que usted es el director del museo y que dispone de cierta suma destinada a la adquisición de obras de arte. Pero usted ha tenido ciertos contratiempos económicos y ha dispuesto parcialmente de esos fondos, para usos propios. ¿No podría ocurrírsele la idea de conseguir la estatua gratis y luego justificar cierta cantidad como importe de la compra?

—Pero hubo asesinatos...

—Lo cual, impidió de momento, la ejecución de sus planes. Más adelante, sin duda, dirá que consiguió la estatua, mediante un trato secreto... Usted es listo y me entiende, amigo mío.

Holymount asintió.

—Le entiendo perfectamente —contestó con una sonrisa de complicidad—. Y lo tendré en cuenta, se lo aseguro.

—Tráigame la estatua y tendrá cincuenta mil dólares más, sobre la cifra que ha mencionado. Pero le diré una cosa, señor Holymount.

—Sí, señor Langhorne.

—Si hay más... sangre, yo mismo le entregaré a la policía.

—¿Por qué no ha hecho lo mismo con

O'Tyne?

—Porque él no me formuló la proposición que usted me ha hecho.

—Muy cierto. —Holymount recobró el bastón y el portafolios—. He tenido un gran placer en conocerle, señor Langhorne.

—El gusto ha sido mío, señor Holymount.

El visitante se marchó con paso mesurado. Langhorne aguardó unos momentos, con los dedos tamborileando sobre la mesa. De pronto, alargó la mano y tocó un timbre.

Un hombre, llamado Kint Brelph, apareció a los pocos instantes.

—Kint, síguele —ordenó Langhorne.

Brelph no necesitó de más instrucciones. Asintió con leve gesto,

dio media vuelta y salió.

Mientras, Holymount llegaba a la calle. Caminando con aire apacible, pasó junto a un coche, en cuyo interior, un individuo simulaba dormir.

—Rickie, creo que me van a seguir. Impídelo —bisbiseó.

—Descuida, Edsel —contestó Rickie Small.

Holymount siguió andando hasta su coche. Small había salido del suyo y se hallaba apostado junto a la puerta del jardín que rodeaba la mansión de Langhorne.

Un automóvil apareció a los pocos instantes, dirigiéndose hacia la salida. Small dejó caer algo al suelo y se alejó, con las manos en los bolsillos, silbando una vieja tonadilla.

El coche en que viajaba Brelph cruzó la puerta. La rueda delantera «pisó» un clavo de cuatro puntas y se deshinchó casi instantáneamente. Brelph frenó en el acto, mientras lanzaba una sonora maldición. Furioso por el inesperado contratiempo, tuvo que resignarse a ver cómo se alejaba el coche de Holymount, sin poder hacer nada para perseguirlo.

CAPÍTULO V

El hombre abrió la puerta y miró recelosamente a su visitante. Roger Millman era un sujeto cincuentón, con muy poco pelo en la cabeza y lentes de cerco de oro que cabalgaban sobre una nariz ganchuda. Vestía un manchado guardapolvo y sus manos estaban cubiertas por unos guantes de goma.

—¿Qué desea? —preguntó sin ninguna amabilidad.

—Soy Edsel Holymount, de Holymount Folkart. Un amigo común me ha hablado muy bien de usted y ella me ha decidido a visitarle, para encargarle un trabajo de interés.

—Ah, pase... Creí que sería... Usted perdone —dijo Millman, bastante azorado—. Estaba trabajando y... —Se quitó los guantes y los lanzó a un lado—. ¿De qué se trata, señor Holymount?

Antes de contestar, el joven paseó su vista por el lugar en que se encontraba, una vasta habitación, con el techo parcialmente acristalado, y en la que se veían algunos bocetos en barro de distintas esculturas. También divisó un par de caballetes, con tableros en los que había dibujos a lápiz. En una estantería, pudo apreciar numerosas esculturas, muchas de las cuales, a escala reducida, eran copias de célebres obras de arte.

—Verá —dijo al cabo—, lo que yo quiero encargarles es... ¿cómo se lo describiría? Si tuviese algo, parecido a la vista, podría expresárselo con todo detalle... En resumidas cuentas, es una escultura que servirá de modelo para muchas copias... Oiga, ¿trabaja sólo en barro?

—Oh, no, empleo toda clase de materiales, incluyendo el plástico.

—Ah, el plástico...

—Sí, me traen bloques y yo los moldeo, mediante un ligero calentamiento o bien los trabajo directamente con el cincel eléctrico.

—Eso hace ganar mucho tiempo, me parece.

—Por supuesto. No pretendo ser un Fidias o un Miguel Ángel. Me interesa terminar cuanto antes la copia que me ha sido encargada, aunque, eso sí, con el máximo de fidelidad.

—Aunque sea a tamaño reducido.

—En efecto.

—Ha dicho que emplea el plástico... ¿Y el vidrio?

—Resulta inconveniente, porque tendría que instalar un horno. Hoy día se hacen maravillas con el plástico. Mientras no se tiene en las manos, se piensa que es vidrio puro.

—Admirable —exclamó Holymount—. La verdad es que hoy día, los científicos ya no saben qué inventar... Pero no veo aquí lo que deseo...

De pronto, divisó algo cubierto con un paño y situado sobre un soporte de madera. Cruzó el taller con paso rápido y agarró el paño con la mano izquierda.

—¡Deje eso! —gritó Millman.

Holymount no le hizo el menor caso y descubrió la estatua. Sonriendo, se volvió hacia el artista.

—Es exactamente lo que deseo —dijo. Millman parecía muy furioso.

—Ya tiene dueño —contestó—. Faltan unos ligeros retoques solamente, pero el comprador vendrá mañana sin falta a buscarla...

—¿No puede reproducirme esa obra de arte? Le pagaré...

—No puedo. El comprador ha exigido que sea pieza única. Me gusta ser leal en mis tratos —contestó Millman desabridamente.

Holymount suspiró. Volvió a mirar la estatua nuevamente. De pronto, la golpeó con la uña del dedo índice. El sonido era mate, completamente opaco.

—Sí, es plástico... maravillosamente trabajado —dijo—. En fin, era eso precisamente lo que quería y si no puede atenderme, tendré que buscar a otro artista.

—Dudo mucho que lo encuentre, señor Holymount —contestó Millman orgullosamente.

—Cuando hay dinero, se consiguen las cosas muy fácilmente —respondió el joven con cierta impertinencia.

Millman se quedó parado. Holymount le dedicó un cortés saludo y se dirigió hacia la salida.

—¡Espere! —gritó de pronto el artista—. ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar por una copia?

—¿Cuál es su precio? —preguntó Holymount, ya con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Ci... cinco mil...?

—Le han pagado la mitad por ese trabajo. Yo le daré quinientos más, pero tiene que reproducir la estatua en veinticuatro horas.

—¡Por todos los diablos...!

—Veinticuatro horas. En alguna parte tiene usted un molde. Calienta ligeramente el plástico, lo somete a cierta presión, coloca las piedrecitas rojas en los huecos de los ojos y... Pero usted conoce mejor que yo el procedimiento, de modo que no voy a seguir hablando del asunto. Mañana por la noche vendré a recoger la copia. Buenos días, señor Millman.

Holymount abandonó la casa, satisfecho de la entrevista. Ciertamente, ignoraba todavía el paradero de la joya auténtica, pero la visita a Millman le había hecho conocer unos detalles de suma importancia.

Saltó del coche y una mujer chocó con él.

—Dispénseme, caballero —rogó ella—. Mi vista flaquea más de lo conveniente...

—No se preocupe, señora —sonrió Holymount—. Tal vez quiere cruzar la calle. Si me permite, la ayudaré con mucho placer.

—Es usted muy amable y se lo agradezco infinito.

Ella era una mujer de unos sesenta años, con el pelo casi blanco y unos lentes de color, cuyos cristales eran muy gruesos. Para caminar, se apoyaba en un bastón con empuñadura de marfil.

A pesar de que Holymount la sostenía por un brazo, ella tanteó el suelo antes de bajar de la acera.

—Estoy hecha una ruina —suspiró—. Mis años felices quedan tan lejos...

Holymount asintió con una sonrisa. Paso a paso, iniciaron el cruce de la avenida, apenas transitada en aquellos momentos.

De súbito, se oyó el rugido de un automóvil. Holymount volvió la cabeza.

Un coche se les echaba encima a toda velocidad. Sorprendentemente, la anciana medio ciega dio un ágil salto hacia atrás, a la vez que emitía un agudo chillido.

Holymount no se quedó a la zaga. El coche pasó rozándolos. La anciana blandió el puño coléricamente.

—¡Animal! ¡Pedazo de bestia! —Su voz ya no era insegura, sino muy firme—. ¡Ojalá te rompas la cabeza...!

De pronto, se calló.

Holymount la miró fijamente. Ella se bajó las gafas hasta la punta de la nariz.

—Parece que no he sabido mantener el tipo —dijo Marcia.

—Pero ha conseguido engañarme —sonrió él.

—Si no hubiera sido por ese maldito coche...

Holymount agarró de nuevo el brazo de la joven.

—Ese coche quiso atropellarme. El conductor, mejor dicho. Vamos a mi casa; tomaremos una taza de café.

Marcia no puso el menor inconveniente. Una vez en el apartamento del joven, se quitó la peluca y la arrojó a un lado, junto con el diván.

—He querido devolverle la pelota —dijo.

—¿Por qué? ¿Se enfadó esta mañana, cuando supo que yo la había engañado?

—¿Por qué adoptó ese disfraz?

Holymount puso la cafetera al fuego.

—Era la apariencia exacta para visitar a Langhorne —contestó, a la vez que sacaba tabaco.

—¿Le ha visto? ¿Qué dice?

—Si le consigo la estatua, me pagará trescientos mil dólares.

—¡No! —gritó ella descompuestamente—. Usted hizo un trato conmigo. No puede engañarme ahora... y si lo hace, devolveré las joyas...

—Tranquilícese, preciosa. —Holymount le entregó un cigarrillo encendido—. ¿Qué pensaba sacar de su disfraz?

Marcia hizo un gesto ambiguo.

—No sé... Tal vez quise probarme a mí misma... En la Universidad, yo formaba parte del grupo teatral. No sé por qué, pero siempre me daban los papeles de venerable ancianita. Y dicen que lo hacía muy bien.

—Indudablemente, puesto que consiguió engañarme. Marcia, dígame, ¿cuántos viajes hizo su tío a Borneo?

—Dos, que yo sepa, separados por un intervalo de casi dos años.

—Y, en el primero, ya conoció la existencia de Bela Phi-Tu.

—Sí, me habló algo al respecto, aunque yo no le presté entonces mucha atención.

—¿Le dijo después la forma en que había conseguido la estatua?

—Habló de una compra, pero no fue muy explícito... Oiga, ¿a qué vienen tantas preguntas? —Se amoscó la joven.

Holymount, con el pitillo colgando de los labios, sacó la cafetera del fuego.

—Sospecho que el método empleado para conseguir la estatua no fue demasiado... digno.

—El pagó una suma muy importante —aseguró Marcia.

—Si le dijo eso, la engañó.

—¿Trata de insinuar que robó la estatua?

—Exactamente.

—Tendría que probarlo...

—En eso estoy.

—Edsel, no tolero bromas pesadas —dijo Marcia, muy sulfurada.

—Tendrá que aguantarse. Por muy heredera que sea del difunto profesor Rybolt, la estatua procede de un robo.

Ella aceptó maquinalmente la taza de café que le ofrecía el joven.

—Me deja usted... No sé qué decir...

—Se lo demostraré, aunque no hoy, precisamente. Cuando tenga las pruebas en mi poder, podrá comprobar que le he dicho la verdad. Su tío robó la estatua.

—Entonces, no puedo reclamar...

—Hubo dos víctimas, su tío y el mayordomo. Y, me imagino, querrá encontrar al asesino.

—¡Por supuesto! Fue un crimen repugnante. Mi tío era una bellísima persona...

Marcia se interrumpió un instante. Luego añadió, vacilante:

—Claro que, si robó la estatua... era también un ladrón...

—Pero no asesinó a nadie y ahí estriba la diferencia. En cambio, el segundo ladrón, sí es un asesino. ¿Recuerda que le dije que tenía algo importante que comunicarle y que se lo diría hoy?

—Sí. ¿Qué era?

—Anoche intentaron matarme a tiros. Alguien me salvó la vida,

arrojando un cuchillo al hombre que quería asesinarme.

Marcia se quedó estupefacta.

—¿Se refiere al suceso que he leído...?

—Exactamente.

—Pero ¿quién tiró el cuchillo?

Holymount apuró el café y luego arrojó la colilla dentro de la taza.

—¡Cochino! —le apostrofó Marcia—. Eso no se hace...

—Perdón, estaba distraído —se disculpó él—. Pensaba en el tipo que me salvó la vida... y también pensaba en la persona que contrató a un asesino profesional, quien, al ver que sus propósitos han sido frustrados, intentó matarme de nuevo, hace apenas un cuarto de hora.

—El hombre del automóvil.

—Sí.

—Edsel, ¿quién puede ser?

—Lo ignoro —respondió Holymount con grave acento—. Una cosa es segura, ahora tengo más interés que nadie en resolver este asunto, para poder moverme tranquilo, sin necesidad de volver la cabeza a cada instante.

—Es horrible —murmuró ella—. No tengo la menor idea... ¿Se le ocurre a usted un nombre?

—Tres, los mismos que usted me facilitó. Cualquiera de ellos puede ser el asesino —contestó el joven firmemente.

CAPÍTULO VI

El teléfono sonó en aquel momento. Holymount levantó el aparato.

Una voz femenina sonó al otro lado del hilo.

—Soy Bea van Rindt. Tengo necesidad de hablar con usted, señor Holymount.

El joven miró de reojo a Marcia.

—¿Es urgente? —preguntó.

—Hasta cierto punto.

—Bien, si es así, iré a su casa...

—Pero no a la Avenida Rainbow. Escuche, tengo una casita cerca del lago Andrews. Vaya a la orilla norte. Son cincuenta kilómetros; puede llegar fácilmente en una hora. Reconocerá fácilmente la villa; es de una sola planta, con el tejado rojo y la chimenea en el lado oeste.

—¿Ha de ser hoy mismo?

—Por favor... Le interesa, Edsel.

Holymount no dejó de captar el matiz de la voz de Bea.

—Muy bien, procuraré estar allí dentro de una hora.

Dejó el teléfono a un lado y empezó a quitarse las falsas patillas y el bigote postizo.

—Tengo que salir —anunció.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Oh, uno de mis informadores...

—Me gustaría acompañarle, Edsel.

—Ni lo sueñe.

Holymount fue al dormitorio y empezó a cambiarse de ropa. Marcia le siguió hasta la puerta.

—Insisto en ir con usted —dijo.

El joven se quitó los pantalones. Marcia lanzó un gritito y se volvió de espaldas.

—¿Es necesario que se porte de un modo tan grosero?

—¿Por qué ha venido a mirar? Dije que iba a cambiarme de ropa, ¿verdad? —contestó él tranquilamente.

Minutos después, estaba listo. Se pasó un cepillo por el pelo, buscó la pitillera y se encaminó hacia la puerta.

—Cierre al salir —dijo.

Marcia prefirió guardar silencio. Holymount salió de la casa, cruzó el jardín y luego miró a derecha e izquierda.

La joven estaba allí todavía. Discretamente, sacó algo del bolsillo y lo situó delante de una de las ruedas del coche de Marcia. Luego buscó el suyo y arrancó sin mirar atrás una sola vez.

Un segundo después, otro automóvil, situado junto a la acera opuesta, inició la marcha. Holymount no reparó en el detalle.

Marcia salió de la casa después. Corrió hacia su automóvil, se sentó tras el volante, dio el contacto y pisó el acelerador. Casi en el acto notó que el volante no le respondía. El coche, de pronto, se desvió hacia la derecha y fue a chocar contra otro estacionado en aquel lugar.

Marcia se apeó. Entonces vio deshinchada la rueda delantera derecha. Furiosa, pateó el suelo. Pero muy pronto tuvo que enfrentarse con el no menos colérico propietario del otro automóvil.

La carretera discurría por un paraje completamente solitario. Para llegar al lago Andrews, era preciso atravesar una cadena de colinas, de poca altura, pero de laderas muy pendientes. Por dicha razón, la carretera tenía numerosas curvas, algunas de las cuales eran sumamente pronunciadas y aconsejaban una velocidad muy reducida.

Holymount vio de pronto un coche que rodaba detrás del suyo. De momento, no le concedió importancia, pero, de súbito, vio que el conductor aceleraba para pasarle.

El joven redujo la marcha. Súbitamente, el otro coche se le arrojó encima.

Los dos guardabarros chocaron estrepitosamente. Holymount maldijo entre dientes. Miró un instante al otro conductor, pero sólo pudo ver un sombrero y unas grandes gafas de color. Para salir de aquella crítica situación, pisó el acelerador a fondo y el coche saltó hacia adelante, como un caballo espoleado por su jinete.

Ahora ya estaba seguro de que querían matarle. A la izquierda

del camino había profundos barrancos, algunos de los cuales estaban a más de cien metros de distancia. Una caída por aquellos taludes significaba la muerte irremisiblemente.

El otro aceleró también y golpeó con el morro de su coche la zaga del de Holymount. El joven apenas si tuvo tiempo de virar a la derecha. La rueda trasera izquierda giró velozmente, casi en el aire. Luego tocó terreno firme y el automóvil volvió a ganar ímpetu.

Un trozo de camino recto apareció de pronto ante sus ojos. Holymount pisó a fondo. La próxima curva estaba a unos trescientos metros. El automóvil pareció convertirse en un obús.

Pero el otro no se quedó a la zaga. Incluso era su coche más potente y Holymount pudo darse cuenta de que iba a ser alcanzado inexorablemente.

Entonces, cuando estaba a cincuenta metros de la curva, pisó el freno a fondo. El automóvil cooleó un poco, levantó enormes nubes de polvo y resbaló sobre sus neumáticos.

En el mismo, instante, el otro conductor se le arrojaba encima, tratando de golpearle nuevamente en el costado derecho. Pero ya no encontró el blanco buscado y siguió adelante.

Desesperadamente, se dio cuenta de que continuaba su trayectoria, ligeramente desviado a su izquierda. Golpeó el volante en sentido contrario, a la vez que pisaba el freno. El resultado fue una espantosa voltereta, que produjo un estruendo horrible.

La inercia continuó actuando y el coche se salió fuera del camino. Holymount lo vio desaparecer de sus ojos. Luego percibió el ruido de los rebotes del vehículo al caer por el terraplén. Desfrenó, pisó suavemente el acelerador y siguió su viaje.

La carretera descendía ya a partir de aquel punto. En la próxima curva a la izquierda, Holymount pudo ver el otro coche detenido en el fondo de un barranco, a noventa metros del camino.

—Buen viaje al infierno —masculló.

No había nadie en las inmediaciones. Otros descubrirían el accidente, se dijo, mientras continuaba su viaje hacia el lago que ya espejeaba en lontananza.

La mujer abrió la puerta y alzó sus ojos al reconocer al visitante.

—¡Señor Holymount!

—Hola —sonrió el joven. Miró su reloj—. He sido puntual; aún faltan dos minutos para la hora que usted me indicó tardaría en

llegar aquí.

—Sí, claro... —Ella se echó a un lado—. Pase, por favor.

Holymount cruzó el umbral. Bea, ataviada con blusa y pantalones muy ceñidos, se dirigió a un bar de aspecto rústico.

—¿Qué desea tomar? —consultó.

—*Whisky*. O coñac, lo mismo da.

—¿No tiene preferencias?

—A veces, pero no ahora.

—Es usted un tanto enigmático, amigo mío. —Bea sonrió al entregarle la copa—. ¿Qué me cuenta de Bela

Phi-Tu?

—preguntó.

Holymount arqueó las cejas.

—¿Sólo para preguntarme eso me ha hecho venir hasta aquí? Dijo que era algo urgente, si mi memoria no me falla.

—No, no le falla. Pero creo que he dejado de interesarme por la estatua.

—Podía habérmelo dicho por teléfono —se quejó él.

Bea se echó a reír.

—En mi casa hay demasiada gente —contestó.

Y se sentó indolentemente en un diván.

Holymount la miró con fijeza. Era una mujer realmente hermosa, de gran atractivo sensual. La blusa ceñía prietamente los senos, redondos, firmes. Incluso los pezones resaltaban picudos bajo el tejido.

—Entonces, ¿quería estar a solas conmigo? —sonrió.

—Tenía deseos de comprobar una cosa —contestó ella.

—¿Puedo saber qué es?

—¿Por qué no te sientas a mi lado? —propuso ella.

Holymount vaciló un instante. Luego aceptó la sugerencia.

—Bien, ¿qué más?

—Hombre, ¿tengo que decirlo yo todo?

De pronto, Bea se le arrojó encima y le besó vorazmente. Agarró una mano del joven y la puso encima de uno de sus senos.

—Adivina lo que quiero, tonto —jadeó.

Holymount volvió a dudar. El instinto le hacía presentir una posible trampa.

—Espera un momento —pidió.

Se puso en pie y oteó el panorama que se divisaba a través de la ventana situada tras el diván. Oyó ruido de ropas, pero no volvió la vista. Había muchos árboles en derredor de la casa. El lago no le preocupaba, no se divisaba ninguna lancha en su tersa superficie.

—Miraré desde el dormitorio...

Al volverse, se quedó estupefacto.

Bea estaba delante de él, completamente desnuda, sonriendo incitantemente.

—¿No te gusto? —preguntó, mordisqueándose el pulgar.

Holymount sintió que se le secaba la garganta. Hacía tiempo que no veía un cuerpo tan lleno de atractivos.

—Sí, me gustas mucho —admitió.

Avanzó hacia ella y le puso las manos en la cintura. La mujer rodeó su cuello con los brazos.

—Llévame al dormitorio —pidió con voz ronca de deseo.

Holymount accedió sin hacerse de rogar por segunda vez. Quizá más tarde podría sonsacar a su hermosa anfitriona. Ella se rendiría y...

En aquel instante, sonaron voces a su espalda.

—Como puede apreciar, señor Singer, la casa está emplazada en un lugar maravilloso. Sin embargo, hace tiempo que deseo deshacerme de ella, en realidad vengo muy poco por aquí. El médico me ha recomendado clima marítimo; de no ser por esa circunstancia, no la vendería, se lo aseguro.

Súbitamente, se oyó un chillido atroz.

Holymount, todavía con la mujer desnuda en brazos, giró en redondo.

En el umbral había dos personas, un hombre y una mujer, los cuales parecían estupefactos ante aquella insólita escena. De pronto, ella emitió un fuerte grito:

—¡Señorita Bruckner! ¿Qué hace usted aquí?

Holymount dejó a la joven en el suelo. Ella corrió a ponerse algo de ropa delante de su cuerpo. Los recién llegados daban muestras de un absoluto desconcierto.

Hubo un instante de silencio. Luego la recién llegada miró al joven.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Holymount —contestó el interpelado—. Empiezo a

sospechar que usted es la auténtica Bea van Rindt.

—En efecto —confirmó ella—. Y esa impúdica mujer que tiene al lado es mi secretaria social, Stella Bruckner. Mejor dicho, era mi secretaria, porque ya está despedida.

Holymount se volvió hacia la aludida.

—Tendría que explicarme por qué se hizo pasar por la señora Van Rindt —dijo incisivamente.

—No creo que eso te importe demasiado —contestó Stella, con acento desabrido—. Siento lo ocurrido, señora Van Rindt —se disculpó—. Sólo quise divertirme un poco...

—Hay algo más que diversión —exclamó Holymount.

—No entiendo nada en absoluto —dijo Bea—. ¿Por qué no se explican de una vez?

—Stella es la que tiene que dar explicaciones —contestó el joven—. Yo he venido aquí engañado, creyendo que era la auténtica señora Van Rindt. Es más, ayer estuve en su residencia de la Avenida Rainbow y ella me recibió como si fuese la dueña. Hay un vigilante al menos y el mayordomo, que podrán corroborar mis palabras.

—Stella, ¿no tiene nada que decir? —preguntó Bea.

La joven había terminado ya de vestirse y se atusó el pelo con gesto nervioso.

—No, señora —respondió—. No tengo nada que decir, salvo que comprendo muy bien su decisión de despedirme. Lo siento, eso es todo.

—Por favor, Stella, yo la aprecio mucho... Usted no ha hecho esto sin algún motivo... Explíquese con toda sinceridad; tal vez podamos solucionar este enojoso incidente, sin recurrir a procedimientos drásticos. Tal vez el señor Holymount la hizo venir aquí recurriendo a engaños...

—El señor Holymount vino aquí y él es el engañado —dijo el joven firmemente—. Cuando regrese a su casa, señora Van Rindt, pregunte al mayordomo y él le dirá la verdad. Bea pareció sentirse convencida, en especial, porque Stella no daba señales de defenderse.

—Al menos, me gustaría conocer el fondo de la cuestión —dijo—. Presiento que aquí hay algo más que una pareja que desea retozar...

—Es cierto, pero ¿por qué no habla Stella?

La aludida no contestó. Agarró el bolso y se dirigió hacia la puerta con paso rápido.

—Adiós —dijo lacónicamente.

Bea y su acompañante se apartaron para dejarla pasar. Stella salió de la casa y caminó unos cuantos pasos.

Bruscamente, se oyó un lejano estampido.

Stella gritó horriblemente. Holymount se precipitó hacia la puerta.

La joven estaba todavía en pie, agarrándose el pecho con ambas manos, aunque las rodillas ya empezaban a doblarse. Sonó una segunda detonación y el cuerpo de Stella fue arrojado hacia atrás con indescriptible violencia. Cuando llegó al suelo, ya estaba muerta.

CAPÍTULO VII

—La entrevista ha sido muy larga —dijo Marcia—. Se fue ayer por la tarde y vuelve a las dos de la madrugada...

Holymount, todavía con la mano en el pomo de la puerta, miró a la joven, que acababa de levantarse de la butaca en que había estado sentada hasta entonces.

—¿Por qué me ha esperado? —preguntó.

—Me picó la curiosidad. Sobre todo, después de que usted me deshinchase una rueda.

—Y ha sido capaz de estar aquí...

—No, hombre. Fui a casa, cené con mi prometido, vimos la televisión un rato, él se marchó después y yo, viendo que no se dignaba llamarme, vine a su casa.

Holymount se quitó la chaqueta, que arrojó sobre un diván. Luego se acercó al bar y se sirvió un generoso trago.

—He tenido muchas complicaciones —respondió—. Y todavía no sé cómo he podido salir con bien del jaleo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marcia.

—En primer lugar, quisieron asesinarme, arrojándome con el coche por un barranco. Conseguí evitarlo por pura casualidad. La llamada que recibí era una trampa.

—¿Está seguro de ello?

—Sí. Anteayer me engañaron. Yo creía haberme entrevistado con Bea van Rindt, pero la que me recibió era su secretaria social. Y ésa es la que me llamó por teléfono ayer por la tarde.

—¿No conocía usted a la señora Van Rindt? Le dije que era una mujer madura, aunque todavía se conservaba muy bien...

—Para una chica como usted, una mujer que pasa de los treinta años es una persona ya madura —contestó él malhumoradamente—. La secretaria social estaba mezclada en el asunto del robo de la estatua, ¿comprende? Trató de sondearme en la primera entrevista

y luego alguien le ordenó que me tendiera la trampa.

—¿Por qué no se explica de una vez? —pidió Marcia.

—Muy bien, lo haré.

Holymount bebió un sorbo de licor y luego encendió un cigarrillo. A continuación, empezó a hablar.

Marcia le escuchaba en completo silencio. Cuando terminó, dijo:

—No entiendo. ¿Cómo consiguió Stella hacerse pasar por la señora Van Rindt?

—Es bien sencillo. Imagínese que usted es Stella, que está complicada en el asunto y que, de pronto, yo voy a ver a la señora Van Rindt, la cual, según ha explicado, estaba de viaje. Entonces, usted ordena a la servidumbre: «Hagan el favor de dejarle pasar; yo arreglaré este asunto, en nombre de la señora Van Rindt, así que le evitaré molestias. Pero no le digan que la señora está de viaje». El mayordomo obedece, no dice nada y yo entro en el despacho. Como no la conozco a usted personalmente, creo que soy recibido por la señora Van Rindt. ¿Lo entiende?

—Sí, fue una jugada muy inteligente. Pero, por lo visto, Bea regresó antes de tiempo.

—Le ha salido un posible comprador para la villa del lago. Parece ser que los médicos han recomendado un clima marítimo. Vino con el comprador y nos encontró allí a los dos. Entonces, se destapó el pastel.

—¿Qué ha dicho Bea de la estatua?

—No le interesa en absoluto. Textualmente me dijo: «Después de lo que ha pasado, ya no la querría ni regalada, y si me la regalasen, la donaría inmediatamente a un museo». Eso la descarta por completo de la lista de sospechosos.

—Supongo que no le sentaría bien la jugada de la secretaria —dijo Marcia.

—Primero la despidió fulminantemente. Luego quiso darle una oportunidad, pidiéndole que le explicase por qué estaba allí conmigo. Stella, naturalmente, no iba a decirle que me había citado en la casa del lago, para que su amigo me arrojase del coche y todo por el barranco.

—Y usted no sospechó nada...

—Empecé a recelar cuando vi que Stella, a la que aún creía señora Van Rindt, se mostraba muy sorprendida de verme. Luego

ella quiso disipar sus sospechas y se mostró muy dulce y complaciente conmigo. Entonces, en lo mejor, llegaron la señora Van Rindt y su amigo.

—Está muy bien, pero creo que le convendría interrogar a Stella. Debe obligarla a hablar, porque ya me imagino que no pudo hacerlo en presencia de Bea.

—No podré, Marcia.

—¿Por qué?

Holymount terminó de vaciar el vaso.

—Stella está muerta. La mató alguien en nuestras propias narices.

Marcia se horrorizó al oír aquellas palabras.

—Es espantoso —murmuró—. ¿No pudo hacer nada para detener al asesino?

—Disparó a más de cien metros, con un rifle provisto de mira telescópica. Tenía el coche preparado y escapó antes de que pudiera hacer nada. Y de todos modos, me habría estado quieto en la casa; no soy tan loco para intentar detener a un hombre armado con fusil, mientras que yo sólo tengo las manos desnudas.

Holymount encendió un segundo cigarrillo.

—Por eso he venido tan tarde. Usted no se imagina el jaleo que se ha organizado con el crimen. Menos mal que conseguí explicar las cosas a la señora Van Rindt, mientras su amigo corría a avisar a la policía. Ella lo comprendió todo y me ayudó enormemente con sus declaraciones.

—Entonces, Stella estaba complicada...

—Sí. Es más, ahora tengo la seguridad que, de todos modos, estaba condenada a muerte. El asesino fue allí con intención de matarla, para que no mencionara lo sucedido, es decir, la trampa que me había tendido. Vio que había gente y esperó la ocasión propicia.

—Eso me hace pensar en una cosa —dijo Marcia.

—¿De qué se trata?

—Hay alguien interesado en que no se encuentre la estatua...

—Noticia fresca —contestó él burlonamente—. Marcia, si no te importa, tengo sueño.

—Sí, comprendo. Edsel, siento lo ocurrido.

—Más lo siento yo. Pensaba hablar otro día con Stella... y ya no

podré saber quién le ordenó atraerme a la villa del lago.

Marcia meneó la cabeza.

—Los ojos de la diosa lloran sangre cuando se va a producir una desgracia, dice la leyenda. En este caso, no hay metáfora alguna; la sangre es algo absolutamente real.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Holymount gravemente.

Entró en el restaurante con Pete y, tras elegir una mesa, pidió la carta. El Telescopio se frotó las manos.

—¿Hay vía libre? —preguntó.

—Adelante —sonrió el joven—. Pide a tu gusto.

—Esto no queda incluido en mis honorarios, ¿verdad?

Holymount hizo un fingido gesto de resignación.

—Va por cuenta de la casa —respondió.

Mientras comían, minutos más tarde, le hizo una pregunta:

—¿Qué noticias me tienes del asunto que te encomendé anoche?

Pete Cuss se sulfuró.

—¿Anoche? Dirás esta mañana. Me llamaste a las tres de la madrugada, cuando estaba en el mejor de los mundos...

—Seguramente, con Hilda la Vaca, ¿no? —sonrió Holymount. Conocía las aficiones de Cuss y sabía que le gustaban las mujeres altas, rollizas y con pechos exuberantes.

—No hay otra como ella —contestó Cuss.

—Sobre todo, en la cama.

—Y también es una maravilla guisando. Pero a lo que íbamos; no he tenido tiempo aún de recoger informes.

—Procura espabilarte. La cosa está que arde, Pete.

—Lo sé muy bien. —Cuss le apuntó con el tenedor, en el que había pinchado medio riñón al jerez—. Ten cuidado, no vayas a quemarte. Tienes muy poca experiencia como «bombero».

Holymount se echó a reír y se señaló la frente.

—Ésta es un arma infalible —contestó—. La inteligencia, Pete.

—La inteligencia se apaga con treinta gramos de plomo, Edsel.

—Eso sí es cierto —admitió él, pensando en los horribles orificios que las balas habían abierto en el hermoso cuerpo de Stella Bruckner—. Pero no dejo de tenerlo presente en todo momento.

—Ah —exclamó Cuss de repente—. Había olvidado algo que puede interesarte. Me lo dijo Rickie a última hora. Resulta que vio a un tipo extraño merodeando por las inmediaciones del Museo

Arqueológico. Era un sujeto achaparrado, de tez oscura y ojos achinados. Rickie pensó que convenía sonsacarle, y se le acercó para pedirle fuego. Luego comentaría el tiempo tan estupendo que hacía...; bueno, ya sabes cómo suele Rickie entrar en situación... Pero el otro no quiso seguirle el juego y se disculpó hablando como si fuese un salvaje. Después echó a correr y lo dejó plantado.

Holymount se puso rígido.

—Creo que conozco a ese individuo, aunque no sé cómo se llama —dijo.

—¿De veras? ¿Piensas que tiene algo que ver con la diosa de jade?

El joven no contestó. Acababa de ver a Marcia, en compañía de su prometido, quienes entraban en el restaurante en aquel preciso instante.

Marcia le vio y agitó la mano en señal de saludo, a la vez que le dirigía una cálida sonrisa. Fogarty notó el gesto y volvió la cabeza. Al divisar a Holymount, hizo una mueca de desagrado.

—Sigo sin caerle simpático —murmuró el joven.

—¿A quién te refieres, Edsel?

—Aquel tipo, el que va con la chica morena... Ella es la dueña de la diosa.

—Caramba, sí que es una sorpresa... ¿Quién es él?

—Su prometido. Parece un poco celoso.

—Nunca faltan tipos con mentalidad reaccionaria —contestó Cuss en tono doctoral—. Pero ¿qué me dices del moreno que apenas habla inglés, Edsel?

—Repito que lo conozco, pero no sé cómo se llama ni dónde vive. Y es la primera noticia que tengo de su posible interés por el Museo Arqueológico.

—Convendría que visitaras otra vez al director. Ya te he dicho lo que le sucede.

—Iré, descuida; aunque antes tengo que hacer otra cosa...

Holymount se interrumpió de nuevo. Marcia acababa de levantarse de la mesa, sin duda para dirigirse al tocador. Fogarty quedó a solas unos momentos.

Para entretener la espera, Fogarty se dispuso a encender un cigarrillo. Alargó la mano hacia el cerillero que había sobre la mesa, cogió un fósforo, lo hizo arder y lo acercó al cigarrillo. En el mismo

instante, un hombre se situó a su lado.

Holymount vio que el sujeto le decía algo a Fogarty, quien se puso terriblemente pálido, hasta el extremo de olvidarse del fósforo encendido. Cuss emitió un tenue silbido.

—Me pregunto qué tendrá que ver el prometido de la chica con Dany el Terrible —murmuró.

Fogarty sacudió vivamente la mano, al quemarse con la llama del fósforo. El otro, burlonamente, le encendió el cigarrillo con su mechero y luego le dio un par de palmaditas en las mejillas, marchándose a continuación. Holymount pudo apreciar las nerviosas chupadas que Fogarty daba al cigarrillo.

Holymount se propuso preguntar a Cuss quién era Danny el Terrible, pero, de pronto, vio a Fogarty que se ponía en pie y caminaba hacia la mesa en que se encontraba.

CAPÍTULO VIII

Holymount se puso en pie cortésmente.

—Celebro verle de nuevo, señor Fogarty —dijo—. Si me permite, le presentaré a un buen amigo...

—No tengo interés en conocer a su amigo —cortó Fogarty secamente—. Sólo tengo interés en una cosa: deje en paz a mi prometida. ¿Estamos?

Holymount parpadeó, a la vez que se ponía las manos en el pecho.

—Le aseguro que no hay nada más lejos de mis intenciones que cortejar a la señorita Sterling —contestó—. A ese respecto, está completamente equivocado...

—No me refiero a un cortejo amoroso, sino a un desdichado asunto que ella ha creído absurdamente que podía ser resuelto por usted. Eso es lo que quería decirle, ¿me entiende?

—Señor Fogarty, sus palabras tienen una sola respuesta —dijo el joven, sin dejarse amilanar por el tono hostil de su interlocutor—. Tiene que ser ella la que me ordene dejar el asunto. Mientras no lo haga y, además, esté yo persuadido de que lo decide de una forma plenamente libre, seguiré adelante, le guste o no. Creo que he hablado bastante claro y no merece la pena seguir.

Fogarty lanzó una obscena interjección. De súbito, disparó su puño derecho. Sorprendido, Holymount no pudo esquivar adecuadamente y recibió el golpe en el hombro, viéndose obligado a sentarse en su silla.

El maitre y un camarero sujetaron al colérico individuo y le hicieron volverse a su mesa. Fogarty pareció recobrar la cordura y se disculpó como pudo. Luego el maitre se acercó al joven para pedirle disculpas.

—No se preocupe —sonrió Holymount—. Está un poco nervioso, eso es todo. Olvide el asunto, Maxie; se lo ruego.

—Está bien; muchas gracias, señor Holymount.

Cuss le entregó un cigarrillo.

—Procura calmarte, Edsel —dijo—. Ese tipo está en peor situación que tú.

—¿Por qué lo dices, Pete?

—Danny Tillson, alias el Terrible, es el hombre de confianza de Homer Pulligan. Apuestas, préstamos y todo lo que quieras. Fogarty se puso lívido cuando le habló Danny. Eso significa que debe mucha «pasta». O ha perdido en las carreras o pidió un préstamo y no puede devolver el dinero. A Pulligan le llaman el Aprietatuercas. Imagínate los motivos.

Holymount sonrió.

—Entonces, debo compadecer a Fogarty —dijo.

—Edsel, no sé si eres católico o no, pero a dos manzanas está la iglesia de San Agustín. Cuando salgas de aquí, entra a rezar por Fogarty.

—Comprendo —dijo el joven.

Marcia volvía en aquel momento a la mesa. Ignorante en absoluto de lo sucedido, agitó la mano amistosamente en dirección al joven. Holymount correspondió con una breve sonrisa. Luego vio que Fogarty hablaba con Marcia y, según parecía, no de muy buen talante.

—Pete, me marchó —dijo—. Si sigo aquí un minuto más, acabaré liándome a mamporros con ese idiota.

—Eh, tienes que pagar la cuenta —se alarmó Cuss.

—Por supuesto, no temas.

Momentos más tarde, estaban en la calle.

—No te olvides de lo que te he dicho —insistió Holymount.

—Dame un poco de tiempo, hombre.

—No hay mucho, Pete.

—De acuerdo, haremos lo que podamos. Te llamaré en cuanto sepa algo, Edsel.

—Gracias, muchacho.

Holymount subió a su coche. Consultó la hora. Seguramente, Millman habría acabado ya el trabajo encargado.

Holymount dio una vuelta completa a la estatua, situada sobre una peana de madera barnizada y admiró la perfección del trabajo. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia el artista.

—¿Le gusta? —preguntó Millman.

—Es maravillosa —dijo el joven.

—No cabe duda. Yo creo que merecería cobrar el doble...

—Roger, no sea avariento. Tiene el molde por alguna parte y puede reproducir la estatua siempre que quiera. En realidad, hizo este trabajo hace ya un par de años, ¿verdad?

Millman se puso colorado.

—Por favor, no irá a traicionarme...

—¿Cómo lo hizo, Roger?

—Bueno, me entregaron una serie de fotografías de tamaño natural, en color, tomadas desde distintos puntos... Prácticamente, cubrían los trescientos sesenta grados de la circunferencia. Había setenta y dos fotografías, lo que significa una cada cinco grados.

—Fue como un plano en relieve.

—Exacto. Así pude trabajar en el original...

—Y luego sacó el molde.

Millman asintió.

—Me pagó bien —suspiró.

—¿Cuánto?

El escultor remoloneó un poco.

—Dos mil —murmuró.

Holymount sonrió.

—Yo le daré mil más. Se lo merece.

Sacó el dinero, lo contó y puso los billetes en manos de Millman.

—Una cosa, Roger.

—Sí, señor.

—Cierre la boca.

—Descuide, señor Holymount.

El joven había llevado consigo una bolsa de terciopelo negro, en la que depositó la estatua. Luego, de pronto, se acercó a la que estaba en la otra peana, todavía cubierta con un lienzo, y la dejó a la vista.

—Roger, ¿quién es el comprador?

Millman sonrió.

—Usted mismo acaba de recomendarme discreción —contestó.

Holymount se echó a reír.

—Es cierto, pero yo he visto la estatua y el comprador no ha visto la mía e ignora, por tanto, su existencia. Vamos, contésteme.

—Por favor, no me obligue...

—Esa estatua ya tiene dueño —sonó de pronto una voz de tonos ásperos.

Holymount y Millman se volvieron en el acto. Inmediatamente, levantaron las manos, al divisar la pistola que brillaba en la mano derecha del recién llegado.

Holymount se dio cuenta de que el sujeto le resultaba perfectamente desconocido. El frondoso mostacho que adornaba su labio superior era, sin duda, postizo, y las gafas con espejo externo parecían un antifaz. Una vez se despojase de aquellos adminículos y se cambiase de ropa, resultaría irreconocible, se dijo.

—¿A... a qué estatua se re... refiere? —preguntó Millman, tartamudeando.

El hombre de la pistola metió la mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, sacó una bolsita de tela y se la arrojó al escultor.

—Esa de color verde —señaló—. Es mía.

—Por derecho de conquista —sonrió Holymount.

—Esta pistola, ¿no le parece un argumento suficiente?

—Irresistible.

El intruso agitó la mano armada.

—Vamos, ponga la estatua dentro de la bolsa —ordenó—. Y no haga ningún gesto sospechoso, o le meteré una bala en las tripas.

—Roger, haga lo que le dicen —aconsejó el joven—. En estos casos, la resistencia es imposible.

—Celebro sus buenas palabras —rió el pistolero—. Si se portan bien, no les haré el menor daño. Sólo quiero la estatua, eso es todo.

Con manos temblorosas, Millman hizo lo que le decían. Luego se acercó al desconocido, quien alargó la mano izquierda.

—No haga cosas raras —dijo.

Millman sudaba copiosamente. La bolsa fue a parar a la mano del intruso, quien, de inmediato, inició la retirada.

—Les aconsejo que no traten de seguirme. Soy un hombre terriblemente avaro y no hay cosa que más me disguste que verme obligado a gastar unas cuantas balas.

—Sobre todo, con los precios que ponen hoy día los fabricantes de armas a sus productos —contestó Holymount irónicamente.

—Completamente cierto. Adiós, amigos.

—¡Qué frescura, llamarnos amigos! —se escandalizó Millman—.

No es sino un vulgar ladrón...

—Es algo más, Roger —corrigió el joven.

Y se lanzó hacia la ventana más próxima.

A través del cristal, pudo ver la silueta del pistolero que corría hacia un coche, situado a cierta distancia de la casa. El hombre cruzaba la explanada que había entre el edificio y la acera, moviendo las piernas a toda velocidad. Ya había guardado el arma y la bolsa con la copia de la estatua estaba sujeta por el brazo izquierdo contra su costado.

De súbito, Holymount oyó un agudísimo chillido, de tonos muy bajos, sin embargo, como si algo sumamente afilado rasgase una tela muy tirante. Holymount vio un objeto que destellaba vivísimamente al hender el aire.

Aquella cosa alcanzó el cuello del pistolero y siguió su camino. Holymount presenció algo horripilante.

La cabeza del ladrón voló por los aires, separada limpiamente de su tronco. Todavía, por el impulso primario, el cuerpo decapitado siguió corriendo unos cuantos pasos, antes de desplomarse de bruces sobre la acera.

Torrentes de sangre brotaban del cuello sin cabeza. Entonces, una sombra surgió de la oscuridad, corrió hacia el caído, se agachó y, tras asir la bolsa, desapareció de aquel lugar a toda velocidad.

Holymount lanzó una exclamación. Durante una décima de segundo, había visto la cara del sujeto, iluminada por un reflejo de luz procedente de un farol no muy cercano. ¿De dónde había salido aquel misterioso individuo?

De repente, oyó detrás de él unos ruidos extraños.

Giró en redondo. Millman tenía los ojos en blanco y sus dientes castañeteaban con fuerza, alternando los golpes de mandíbula con gorgoteos ininteligibles. El joven se dio cuenta de que Millman había presenciado también la horrible escena y que estaba al borde de un ataque de nervios.

Saltó hacia él, lo agarró por ambos brazos y lo sacudió con fuerza.

—¡Roger! —gritó—. Repórtese, hombre. Vuelva en sí, trate de reaccionar... Vamos, ánimo, ánimo...

Millman continuaba en la misma situación. Holymount se decidió por la vía rápida y le dio un par de bofetadas en ambas

mejillas.

—Vamos, reaccione —dijo enérgicamente.

El escultor le contempló con los ojos llenos de pánico.

—Ya no tenía cabeza... y seguía corriendo, corriendo...

Holymount miró a su alrededor. Vio una botella, la agarró y se la puso en la boca a Millman.

—Beba —ordenó.

Millman tomó ansiosamente un par de tragos. Luego, sin fuerzas, se derrumbó sobre una silla.

—En mi vida había visto nada tan espantoso... ¿Qué va a suceder ahora? —gimió—. Vendrá la policía...

—No sucederá nada, si sabe comportarse como es debido —dijo el joven.

Millman le dirigió una mirada implorante.

—Aconséjeme, se lo ruego...

—Está bien —exclamó Holymount—. Ese hombre no ha entrado jamás en su taller. Usted no le conoce y yo tampoco, lo que es absolutamente cierto.

—Pero me ha robado una estada...

—Haga otra copia. En todo caso, díglele al que se la encargó que no ha podido terminarla a tiempo. Ponga cualquier excusa, pero no mencione en absoluto el robo. ¿Está claro?

—Sí, sí... señor Holymount...

—Y nosotros no hemos visto ni oído nada de lo que ha pasado ahí afuera. —Holymount puso la botella nuevamente en las manos del escultor—. Vamos, tome otro trago, Roger.

Millman empezó a tranquilizarse.

—Dios mío, ¿qué ha sido lo que decapitó al ladrón? —preguntó.

—No lo sé —contestó el joven—. Sin duda, un cuchillo muy afilado, lanzado con increíble precisión. La policía se va a ver en un aprieto para saber lo que ha sucedido. El que mató al ladrón se llevó también el cuchillo, además de la copia de la estatua.

—¿Lo vio usted?

Holymount asintió.

—Lo vi —repuso—. Roger, procure esforzarse y mantener el tipo. Podría llevarse un disgusto, si la policía le interrogase a fondo. Si le ven normal, dentro de lo que cabe, naturalmente, no sospecharán nada. En caso contrario...

—Pero yo no he hecho nada malo —protestó el artista.

—¿No? Y la copia de la estatua, ¿para quién era? ¿Por qué no quiere decirme su nombre?

—Está bien —se ablandó Millman—. Me la encargó O'Tyne.

Ahora tendré que decirle... no sé qué...

—Póngase un vendaje en la muñeca y diga que tiene los tendones resentidos; así no recelará nada. ¿Le dijo

O'Tyne

para qué quería la copia?

—No. Me pagó mil dólares...

Holymount respingó.

—Mil dólares —se escandalizó—. Y yo le he dado el triple...

—Me prometió dos mil más cuando estuviese lista la copia —dijo Millman, con aire avergonzado.

En aquel momento, una pareja desembarcaba de su coche a poca distancia del lugar donde yacía el ladrón decapitado. Eran un hombre y una mujer y ambos charlaban tranquilamente de sus cosas.

De pronto, el pie de la mujer tropezó con algo caído en el suelo, que rodó un par de veces. Bajó la vista, divisó la cabeza separada del tronco, vio casi en el acto el cuerpo decapitado y lanzó un estridente aullido.

Millman oyó el alarido.

—No tardaremos mucho en recibir la visita de la policía —dijo.

Sentado en el diván, después del desayuno, mientras Anna hacía la limpieza del apartamento, Holymount leyó las informaciones sobre el horrible suceso de la víspera.

El muerto por decapitación era Kint Brelph, empleado de Raymond Langhorne. Una vez identificado, la policía había interrogado al millonario, quien había declarado no tener la menor noticia de lo que podía hacer Brelph en aquellos parajes.

—Mentiroso. Estaba siguiéndome —murmuró el joven entre dientes.

Y se prometió visitar a Langhorne, aunque en otro momento.

La policía, continuaba el periodista, se sentía completamente desconcertada acerca del arma que había decapitado tan

limpiamente a la víctima y que, por si fuera poco, no había sido hallada. Tampoco se les alcanzaban los motivos del crimen y mucho menos se imaginaban quién pudiera ser su autor. Alguien había hablado de un extranjero y de un arma exótica, aunque la teoría, hasta aquellos instantes, no había podido ser comprobada.

Holymount reparó en el detalle del arma exótica.

—¿Y si hubiera sido...?

De pronto, agarró el teléfono y marcó un número.

—Estoy durmiendo —contestó alguien.

—Despierta, Pete —exclamó Holymount—. Quiero que pongas a todos los sabuesos a buscar a una persona.

—Hombre, Edsel, ten piedad de mí...

—Esto es urgente. ¿Recuerdas el tipo que vigilaba el museo?

—Ah, sí, el piel roja.

—No creo que sea indio, pero es lo mismo. Haz que los chicos empiecen a buscarlo por todas partes, en los hoteles baratos, en las pensiones... donde sea. En cuanto lo hayan encontrado, avísame, ¿estamos?

—Hombre, me encargaste otra cosa...

—No corre tanta prisa. Pete, haz lo que te digo.

—Muy bien; tú mandas, jefe.

—Gracias, muchacho.

Holymount volvió el teléfono a la horquilla y se puso en pie.

—¡Anna! —llamó.

—¿Señor? —contestó la sirvienta.

—Si viene la señorita Sterling, dígale que he salido urgentemente para Pekín. Estoy invitado a almorzar con el primer ministro chino.

—No se lo creerá —dijo la mujer.

—Quizá sí, y entonces puede que se vaya a China. Sería bonito, ¿no le parece?

—Le diré algo mejor. Le diré que se ha derrumbado parte de la Gran Muralla y que le han contratado para repararla.

—Anna, no sé qué haría yo sin usted —contestó el joven, riendo.

—Eso dígaselo a la señorita Sterling.

Holymount se puso serio.

—No sería mala idea —murmuró—. Si no fuese por el estúpido de su prometido...

Abrió la puerta y salió del apartamento. ¿Debía decirle a Marcia lo que sabía acerca de Fogarty? ¿No lo tomaría ella por una intromisión en su vida privada?

Más adelante lo decidiría, pensó, mientras accionaba el contacto de su coche.

CAPÍTULO IX

—¡Ah, señor Holymount, qué placer volver a verle! —exclamó O'Tyne relamidamente—. ¿Puedo serle útil en algo? Haré lo que sea con mucho gusto...

Holymount miró atravesadamente al director del museo.

—No ha podido conseguir la estatua de la diosa, ¿verdad? —dijo sin más preámbulos.

O'Tyne extendió los brazos.

—No —contestó—. Y lo deseaba tan ardientemente...

—Pero quizá sepa dónde está.

—Amigo mío, si lo supiera, ya habría avisado a la policía.

—No me diga —se burló el joven—. Lo que menos le conviene a usted es que la policía meta mano en este asunto. Vamos, Johnny, dígame dónde está la joya. Dígamelo y cerraré los ojos.

O'Tyne se puso rígido.

—No sé nada... ¿A qué ha de cerrar los ojos, señor Holymount?

—Usted sabe dónde está la estatua. Si no conoce exactamente el lugar, al menos tiene idea de quién la guarda en estos momentos. Espero que me dé una buena pista, porque, de lo contrario, el consejo de administración del museo se va a enterar de qué su director ha entrado a saco en los fondos destinados a adquisición de obras de arte.

La cara de

O'Tyne se puso gris.

—No... no es cierto... —balbuceó.

—Usted ha jugado y ha hecho apuestas en las carreras de caballos, y ha perdido mucho dinero. Y si no, ¿cómo se comprende

que sólo haya podido dar mil dólares de anticipo para una copia de la estatua?

—¿Qué? —gritó

O'Tyne

—. ¿Cómo lo sabe?

—Usted encargó una copia de la estatua, para poder presentarla al consejo de administración del museo y así poder justificar una cifra que cubriese holgadamente el desfaldo que ha hecho. Lo niega... pero está pálido como un muerto. Vamos, hombre, ¿por qué no es sincero y habla de una vez?

Había gruesas gotas de sudor en la frente de

O'Tyne.

—No... no sé nada... —insistió.

—Está bien. Le llamaré más tarde por teléfono. Quizá cambie de opinión. Créame, le conviene. No olvide que el actual poseedor de la estatua mató a dos personas para conseguirla. Si usted sabe quién es y lo calla, se convierte en su cómplice. ¿Entiende?

—Po... por ahora no puedo decirle nada... Tengo que pensármelo... —

O'Tyne

se retorció las manos—. ¿Me concede veinticuatro horas?

—De acuerdo, pero ni un minuto más.

Holymount se dirigió hacia la puerta, notablemente satisfecho de la entrevista.

O'Tyne

estaba lleno de pánico. Cedería, se dijo.

De pronto, divisó un objeto muy brillante, colgado de la pared. Era una especie de media luna de acero, de unos treinta centímetros de diámetro, con un mango en la parte central. La curva exterior parecía afilada como una navaja de afeitar. El mango, de madera oscura, muy pulida, semejaba el final de la barra de un péndulo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿Eh? Oh... Ah, sí, es un arma muy peculiar de una tribu de las montañas de Borneo... Son muy hábiles en su lanzamiento y los verdaderos expertos son capaces de decapitar a una persona a veinte pasos de distancia.

Holymount se mojó el índice y lo pasó por el agudísimo filo de la media luna.

—Entonces, no es un piel roja —murmuró.

—¿Cómo?

—Recuerde, veinticuatro horas —se despidió.

O'Tyne

contestó con un silencioso gesto de asentimiento. Holymount abandonó el despacho. El hombre estaba completamente derrotado. Hablaría.

Cuando se disponía a subir el coche, tropezó con un individuo.

—Perdón —murmuró.

—Hola —dijo Fogarty.

Holymount endureció el gesto.

—¿Va a pegarme otra vez? —preguntó, aprestándose a la defensiva—. Porque el otro día me quedé quieto en honor a Marcia, pero ahora...

—Oh, no; al contrario, amigo mío —sonrió Fogarty—. Celebro este encuentro casual. Pensaba llamarle a su casa para disculparme. Me sentía un poco nervioso... ¿Querrá perdonarme?

Holymount miró receloso la mano que se le tendía amistosamente. Al fin, sonrió y la estrechó.

—Bueno, no se preocupe; son cosas que suceden —dijo jovialmente—. A veces, los nervios nos juegan malas pasadas.

—Sí, es cierto. Me gustaría invitarle a una copa para borrar la mala impresión que le he causado...

—Lo siento, pero ahora tengo mucha prisa. No se preocupe, señor Fogarty, quedan días por delante.

—Como quiera, pero llámeme Cal. El nombre completo es Calvin, creo que lo recuerda.

—Sí, desde luego. He tenido mucho gusto, Cal.

—Lo mismo digo. Y gracias por su espíritu comprensivo.

Holymount subió al coche, preguntándose a qué se debería el inesperado cambio de actitud de Fogarty. Acabó por encogerse de hombros. Más valía así, pensó.

Los ojos de Langhorne despedían chispas.

—Ya le he dicho que no sé nada. Le repito lo mismo que a la policía: ignoro en absoluto qué hacía Brelph en aquel lugar. Lo único que sé es que era uno de mis mejores empleados y que al asesino le va a costar muy caro —dijo ceñudamente.

Holymount se sentó en una butaca y cruzó las piernas con gesto indolente.

—La policía descubrió que el bigote que usaba Brelph era postizo. También le encontró unas gafas de color, todavía puestas, un objeto absolutamente impropio a aquellas horas de la noche, sobre todo, cuando no se padece ninguna enfermedad de la vista. El señor Brelph tenía también una pistola.

—Debidamente registrada y con la licencia adecuada.

—El señor Brelph había estado minutos antes en el taller de un escultor llamado Millman, a quien robó la copia de la estatua de jade que a usted tanto le interesa.

—No es cierto —protestó Langhorne enérgicamente—. Jamás hubiera hecho Brelph una cosa semejante.

Holymount soltó una risita.

—A mí no me la da —contestó—. Yo estaba delante cuando Brelph, disfrazado, entró en el estudio, pistola en mano, y se llevó la copia de la estatua.

Langhorne se quedó parado.

—¿Y qué hacía usted allí, si puede saberse?

—Buscando rastros de la estatua auténtica. ¿O no recuerda ya que me prometió trescientos mil dólares si se la encontraba?

—Lo recuerdo perfectamente, pero me lo he pensado mejor y he desistido de adquirir la joya. Eso es todo, señor Holymount.

—De modo que ya no le interesa.

—No.

—Quizá sería más correcto decir que mis servicios ya no le interesan, pero que sí continúa queriendo la estatua.

—Piense lo que quiera. Entre usted y yo, ha cesado ya toda relación —contestó Langhorne fríamente.

Holymount descruzó las piernas y se puso en pie.

—Pensaré que tiene perspectivas muy favorables de conseguir la estatua —dijo calmosamente—. Puede que la consiga...; pero si eso llega a suceder, no olvide que el vendedor mató a dos personas antes de llevársela de casa de su legítimo dueño. Ya sé que es usted un empedernido coleccionista de obras de arte y que los hombres de su clase no reparan en medios con tal de conseguir algo que desean. Pero la policía no pasaría por alto dos asesinatos, como, al parecer, está dispuesto usted a hacer.

—Me voy a morir de miedo —rió Langhorne despectivamente.

—Debería pensar en Brelph. El sí está verdaderamente muerto.

Langhorne se puso serio de repente. Holymount salió, sin que el millonario hubiera tenido tiempo de contestarle.

Con paso vivo, Marcia entró en el despacho que había sido de su tío, sin reparar, por el momento, en la columnita de humo que surgía del respaldo del sillón situado tras la mesa de trabajo. Llevaba unos papeles en la mano y parecía muy ocupada en su lectura.

De pronto, lanzó un agudo chillido.

«Ya la ha visto», pensó Holymount.

Los ojos de la joven estaban desorbitados. Lentamente, se acercó a la hornacina y contempló la refulgente estatua de color verde, cuyos ojos parecían dos gotas de sangre solidificada, sin pérdida de su coloración escarlata.

Al cabo de unos segundos, se volvió. Entonces divisó las espirales de humo azul que surgían del otro lado del sillón. Casi en el mismo instante, Holymount, sin levantarse, giró en redondo y la miró sonriendo.

—¡La ha encontrado! —gritó ella—. ¡La ha encontrado! ¡Bela Phi-Tu está de nuevo en casa!

Súbitamente, corrió hacia el joven y se sentó en sus rodillas, para abrazarle y besarle impulsivamente.

—Es usted maravilloso... Oh, no, eres un tío estupendo... Edsel, no sé cómo darte las gracias...

Holymount no desaprovechó la ocasión y correspondió a sus besos, mientras sus manos recorrían ávidamente los hermosos senos de la muchacha. Ella, de momento, muy excitada, no se dio cuenta y continuó besándole con gran vehemencia.

—Te daré los cien mil dólares ahora mismo... También te devolveré las joyas...

De pronto, notó la presión de una mano en su seno izquierdo y se puso en pie de un salto.

—Eh, tipo fresco, no te aproveches —protestó.

—Mujer, te sentías tan conmovida... —rió Holymount.

—La gratitud tiene un límite —dijo ella, muy encarnada, aunque

no demasiado ofendida.

—Sí, sobre todo, cuando se piensa en que lo que estás viendo en la hornacina no es sino una copia del original.

Ella le miró de reojo.

—Bromeas, Edsel.

Holymount movió la cabeza repetidas veces.

—Me costó tres mil dólares —dijo—. Dale un golpecito con la uña del índice. O, mejor, ráyala con una simple plumilla de acero. No es jade, sino plástico.

—Pero... —Ella parecía ahora a punto de echarse a llorar—. ¿Por qué me has engañado?

—No quiero engañarte a ti, sino al que tiene realmente la estatua —contestó Holymount—. Además, antes has dicho algo que es absolutamente inexacto. Bela

Phi-Tu

no está de nuevo en casa. Ésta no es su casa, Marcia.

—Era de mi tío...

—Tu tío la robó y yo sé cómo lo hizo.

Holymount se puso en pie y recogió los papeles que ella había dejado caer al suelo.

—¿Qué son? —preguntó.

—Facturas... Pero ¿querrás explicarte de una vez, Edsel?

Holymount la agarró por un brazo y la hizo sentarse en un sillón.

—Escucha —dijo, mientras se sentaba en el borde de la mesa.

CAPÍTULO X

—Tu tío, en una de las expediciones científicas, llegó al interior de las montañas de Borneo y allí encontró a una tribu prácticamente desconocida, con la que entabló contacto sin demasiadas dificultades. Eran gente amable, hospitalaria y le dejaron investigar cuánto quiso. Incluso le permitieron llevarse algunos objetos sin demasiado valor.

»Pero los nativos le enseñaron también la estatuilla de jade y le contaron la leyenda de las lágrimas de sangre. Para nosotros, es una leyenda; para ellos, es verdad absoluta. Todo depende de las creencias... El caso es que tu tío, apenas vio la estatua, concibió por ella una pasión devoradora, científicamente hablando, por supuesto. Pero no podía llevársela, como puedes figurarte.

»Sin embargo, estaba decidido a convertirse en su dueño y tuvo la suficiente paciencia para aguardar dos años largos antes de conseguir su propósito. En su primer viaje, ya tomó innumerables fotografías de la estatua, desde todos los ángulos, fotografías que sirvieron para que luego un artista hiciese una copia exacta. En su segundo viaje, tu tío llevó la copia y, en el momento que creyó más oportuno les dio el cambiado. Los nativos no advirtieron nada y él pudo regresar con la estatua en el equipaje. Eso es todo, Marcia —concluyó Holymount su relato.

—Pero él no ocultó nunca que se trataba de una auténtica joya —alegó ella.

—Pero sí ocultó que la había robado.

Marcia asintió.

—Es cierto. Yo pensé que... la habría comprado... ¿Y no se le ocurrió que los nativos podían enterarse algún día...?

—Tu tío pecó de confiado. A fin de cuentas, los nativos vivían aisladamente en las montañas de Borneo, sin apenas relación con otros habitantes de la isla. Y tenían una copia perfecta del original.

¿Cómo podían saber que Bela

Phi-Tu

estaba a miles de kilómetros de distancia?

—Sí, tienes razón... aunque no veo el objeto de haber encargado una copia...

—Encontré al autor de la primera copia, y no es la única que ha hecho —dijo Holymount—. Por tres mil dólares, conseguí que me reprodujera la estatua...

—¿En tan poco tiempo? —se asombró Marcia.

—Tiene el molde de la primera copia, mujer —rió él—. Podría reproducirla millares de veces, Usa un plástico especial, casi transparente, que calienta ligera y muy lentamente, lo que permite un fácil moldeado a presión. El trabajo duro fue para realizar la primera copia. Después... las siguientes salen como rosquillas.

Ella dejó caer las manos sobre el regazo.

—Preveo que me quedará sin la joya —murmuró.

—Tienes esa copia y podrás admirarla cuánto gustes, sin temor a que nadie te haga el menor reproche. Tú pierdes una joya, pero a mí se me esfuman cien mil dólares. ¿Cuál de los dos pierde más?

—De acuerdo, pero ¿dónde está la joya original?

—Eso es lo que vamos a averiguar, con la ayuda de esta copia.

—No entiendo...

—Haremos ver que hemos recobrado la joya y entonces, el ladrón se descubrirá de un modo u otro.

—Quieres decir que protestará, diciendo que lo que tengo es una falsificación.

—Algo hará, no te preocupes. Aún hay más; quizá mañana mismo pueda darte el nombre del asesino.

—¿Cómo piensas conseguirlo?

—

O'Tyne

lo sabe.

Marcia abrió la boca.

—

¿O'Tyne

está... mezclado en este repugnante asunto?

—Tiene más deudas que cabellos. Si hubiera conseguido la estatua, habría justificado una fuerte suma de dinero empleada para

la compra, pero, en realidad, ello le habría servido para cubrir el desfaldo de los fondos del museo.

—Dios mío, nunca lo hubiera creído... —exclamó la joven—. Un hombre tan respetable, tan digno...

Holymount soltó una risita.

—Como dijo aquél, el hábito no hace al monje.

El teléfono sonó en aquel momento. Marcia se levantó, cogió el aparato, escuchó unos segundos y luego se lo tendió al joven.

—Es para ti, Edsel.

Holymount agarró el teléfono.

—Diga...

—Edsel, hemos localizado al piel roja. Está en la pensión de Ma Grindowen, en la Calle Sexta, número seiscientos diez. El apellido es Timur.

—Gracias, Pete.

Holymount devolvió el teléfono a su sitio.

Sonrió.

—Voy a entrevistarme con el auténtico dueño de Bela

Phi-Tu

—dijo.

Marcia hizo un vivo ademán.

—Iré contigo —dijo—. A fin de cuentas, soy parte interesada en el caso.

—Está bien —accedió él—. Puede que resulte interesante.

Marcia arrugó la nariz. La escalera olía a coles hervidas y a cerveza agria. Siguiendo a Holymount, llegó a un rellano y vio que el joven llamaba a una puerta.

Al otro lado hubo un poco de ruido. La puerta se abrió ligeramente. Un ojo, de negra pupila, miró cautelosamente.

—¿Qué querer ustedes? —preguntó el hombre.

—Soy tu amigo, Timur —dijo Holymount—. ¿No me recuerdas?

La expresión del extranjero cambió en el acto.

—Sí, yo recordar —contestó—. Tú pasar... —De pronto, vio a la muchacha y volvió a sentirse receloso—. ¿Quién ser ella?

—Se llama Marcia y es la sobrina del hombre que os robó la estatua de Bela

Phi-Tu

—dijo Holymount.

Timur se puso rígido.

—Entonces, tú conocer la historia —exclamó.

—Sí, pero ¿por qué no hablamos en el cuarto? El pasillo no es muy discreto...

—Estar de acuerdo. Pasar los dos.

Timur abrió y cerró casi de inmediato. Luego cruzó los brazos.

—Yo llamarme Tarakan Timur —dijo—. Venir aquí a recobrar Diosa que Lloro Sangre. Pertenecer a nuestro pueblo desde tiempo inmemorial. Tiene que volver allí.

—Volverá —aseguró Holymount—. Pero quiero que te estés quieto. Tú te fías de mí, ¿verdad?

—Sí. Tú ser hombre bueno. Defenderme cuando barman me insultó...

—Era un estúpido. Y gracias por devolverme la gentileza, Tarakan.

—¿Cómo? ¿Tú saber...?

—Nadie más que tú podía lanzar el cuchillo con tanta habilidad —respondió—. De no haber sido por ti, yo estaría muerto ahora.

—Tú merecer vivir muchos años. Con ella —señaló Timur a la muchacha—. Los dos casar. Tener muchos hijos.

—Eh —protestó Marcia—, yo ya estoy prometida a otro hombre.

Timur la miró de un modo singular. Marcia creyó que le atravesaban el cerebro.

—Otro hombre no ser bueno. Tú no casarte con él —dijo el borneano.

—¿Eres vidente, Tarakan? —preguntó ella, riendo nerviosamente.

—A veces...

Holymount extendió una mano.

—Tarakan, dejémonos ahora de asuntos privados —dijo—. Lo que interesa es la estatua de Bela

Phi-Tu.

Te llevaste una copia, creyendo que era el original.

—Ser piedra blanda. Oler mal —dijo Timur despectivamente.

—No, no huele muy bien —sonrió el joven—. Pero quiero que estés aquí, que no salgas más de casa hasta que yo te devuelva la joya.

Holymount lanzó una mirada a su alrededor y torció el gesto.

—Es una verdadera pocilga —dijo—. Tendrías que cambiar de alojamiento.

—A mi gustar. Ser muy cómodo. Estar tranquilo...

—No. Otros pueden encontrarte. Y tú no podrías hacer nada contra una pistola. Vendrás a mi casa y te quedarás allí, hasta que haya recuperado la joya.

Timur se inclinó.

—Tú mandar —contestó.

Fue hacia una mesa desvencijada y cerró un pequeño maletín, que agarró de inmediato.

—Estar dispuesto —anunció.

—Edsel, mi casa es más grande —dijo Marcia de pronto.

—¿Sí? ¿Qué diría Calvin si viera a Tarakan?

—Es verdad. Pero ¿quién tiene la estatua?

—Es preciso aguardar un poco todavía —contestó el joven sibilamente.

Timur quedó en el apartamento del joven, quien le exigió la promesa de que no lo abandonaría bajo ningún concepto. Una vez instalado el borneano, Holymount se dispuso a salir de nuevo a la calle.

—Te acompañaré hasta tu casa —dijo.

—Está bien, pero me gustaría saber por qué tienes tanto interés en que Timur no se mueva de tu casa —dijo Marcia.

—No quiero que le suceda nada. La policía no entendería sus razones.

—¿Cómo?

Holymount hizo arrancar el coche.

—¿Es que no sabes que se llevó la copia que Brelph nos había robado? —exclamó—. ¿Qué crees que hizo para quitársela a ese individuo?

Marcia se quedó sin aliento.

—Fue él —adivinó.

—Sí.

—Asesinó a...

—Para Timur, no es un asesinato. Simplemente, quería recobrar algo que pertenece a su tribu. Se equivocó, por supuesto, ya que se llevó una copia, pero Brelph tampoco actuaba de buena fe. Si

Millman y yo nos hubiéramos resistido, habría disparado sin vacilar. En las mentes primitivas como las de Timur, hay una idea de la justicia muy diferente a la nuestra. No me gustaría en absoluto que tuviera que pasar toda su vida entre los cuatro muros de una cárcel.

Marcia asintió.

—Para él sería peor que la misma muerte —musitó.

—Exactamente. Mató a Wheeler, como agradecimiento al gesto que tuve al defenderle de un barman estúpidamente racista... y mató a Brelph para recobrar algo que es suyo. El mundo está mucho mejor sin esos dos tipos, te lo aseguro.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —respondió la muchacha—. Pero... vaya una puntería con...; ¿qué clase de arma empleó?

—Algo parecido a una media luna, muy afilada, y cuyo mango sirve tanto de contrapeso como para el lanzamiento. Esa cuchilla, hábilmente lanzada, y con fuerza, además, cortó el cuello de Brelph como si hubiera sido de mantequilla.

Marcia se puso una mano en la boca.

—Por favor, ahórrate detalles morbosos —pidió.

—Pues... qué dirías, si lo hubieses visto cómo yo, con todo detalle —rezongó Holymount—. Todavía se me ponen los pelos de punta, cada vez que recuerdo a Brelph, corriendo, sin cabeza...

—¡Calla! —gritó Marcia descompuestamente.

Holymount le puso una mano en el muslo izquierdo.

—Lo siento, nena —dijo.

—Edsel —dijo.

—¿Sí, encanto?

—¿Te importaría mucho quitar la mano de mi muslo?

—Oh, es que está tan calentito...

—Estamos entrando en el verano, tipo fresco.

Holymount se echó a reír.

—Marcia, dime, ¿sigues todavía queriendo a Calvin?

—¡Qué cosas tienes! —resopló la joven—. Pues claro que sí... —Levantó la mano izquierda—. ¡Mira la sortija de prometida, estúpido!

Un semáforo se puso en rojo en aquel momento y Holymount tuvo que frenar, lo que aprovechó para coger la mano de la joven y contemplar la sortija con toda atención.

—Preciosa —elogió—. ¿Cuánto tiempo hace que la tienes?

—Oh, hace sólo unos pocos días... Aunque ya nos habíamos prometido hace tiempo, sus asuntos no marchaban bien y no quería comprarme una sortija de a dólar la docena. Ahora se le han arreglado las cosas y me la puso por fin.

—Sin duda, te ama profundamente.

—¿Puedes dudarlo siquiera?

—¿Yo? —rió el joven—. En todo caso, tú, que eres la interesada.

—Edsel, cualquiera diría que tratas de conseguir que aborrezca a Calvin. Pues no lo conseguirás, ¿me oyes?

—Ni siquiera pienso intentarlo, encanto. Pero en cuanto lleguemos a tu casa, harás algo que deseo saber.

—Si me parece bien...

—Tengo derecho a ello. Quiero ver las joyas que me quitaste con amenazas.

—Las tengo en mi caja fuerte. Están seguras, Edsel.

—Muy bien, lo comprobaremos dentro de diez minutos.

CAPÍTULO XI

Marcia entró en la casa taconeando vivamente, y se dirigió en el acto hacia el despacho. Una vez allí, hizo girar un cuadro, descubrió la caja fuerte, empotrada en la pared y marcó la combinación. Luego abrió la puerta y se echó a un lado, mirando al joven, a la vez que señalaba con la mano el interior de la caja.

—Convéncete —dijo retadora—. Las joyas siguen ahí.

Holymount sacó un cigarrillo, lo golpeó displicentemente contra el dorso de las manos y se lo puso en los labios.

—Mañana iré al oculista —dijo.

—¿Para comprarte unas gafas que te curen el deslumbramiento de las piedras preciosas?

—Para corregir una espantosa miopía, que me impide ver las joyas —respondió él tranquilamente.

—Estás de broma...

La voz de Marcia se había hecho repentinamente temblorosa. Muy despacio, giró la cabeza, miró al interior de la caja fuerte y lanzó un chillido.

—¡No están! Me las han robado...

—Exactamente.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Marcia echó las manos a la espalda y las juntó nerviosamente.

—No —dijo—. Él no ha sido... No ha podido ser... ¡No es un ladrón! —gritó descompuestamente—. ¡No me mires así, Edsel! ¡Sal de mi casa! ¡Vete ahora mismo! ¡Te detesto, te odio! Amo a Calvin y no conseguirás hacerme creer que es... Súbitamente, se desmoralizó y rompió a llorar con gran amargura. Holymount se acercó a ella, la cogió suavemente por la cintura y la hizo sentarse en una butaca.

Luego buscó una botella y una copa.

—Toma un trago, Marcia; te sentará bien —dijo persuasivamente.

Ella bebió, entre hipo e hipo. Luego le miró afligidamente.

—Edsel... creo que tienes razón...

—El conocía la combinación.

—Sí. —Marcia bajó la cabeza—. Confiaba absolutamente en él...

—No te desespere. Todos podemos equivocarnos.

—Pero... ¿por qué? Hacerme una cosa así...

—Está muy mal de dinero. Debe una gran cantidad a un tipo llamado Homer Pulligan, apostador y prestamista profesional.

—¿Cómo lo sabes?

Holymount le contó lo sucedido en el restaurante, cuando ella estaba en el tocador.

—Luego, naturalmente, procuré informarme por otro lado —añadió al terminar.

Marcia, avergonzada, bajó la vista.

—Ahora has perdido las joyas... y la recompensa...

—Encontraré las joyas, no te preocupes —sonrió Holymount—. Todavía no ha tenido tiempo de venderlas. Valen mucho para cederlas por unos pocos miles. Hay algo más importante que hacer antes que recobrar las joyas.

—¿Qué, Edsel?

—La estatua de jade.

Marcia se puso rígida.

—Edsel, ¿supones que él...?

—Tengo que demostrarlo. Las acusaciones sin pruebas no sirven. Pero ya he ideado un plan...

El teléfono estalló de repente. Marcia hizo un ademán.

—Atiéndelo, Edsel —dijo desmayadamente.

—¿Y si es Calvin?

Ella comprendió y se puso en pie. Escuchó un momento. Luego tendió el aparato hacia el joven.

—Es para ti —dijo—. Un tal Pete.

—Oh... —Holymount se puso al teléfono—. Adelante, Pete.

—Edsel, una noticia sensacional —exclamó el Telescopio—.

O'Tyne,

el director del museo, acaba de ser encontrado muerto.

—¡Diablos! —exclamó el joven.

—Le han abierto la cabeza con un hacha o algo por el estilo... Creo que es algo espantoso... He oído los comentarios que hacía

uno de los policías. Tiene el cráneo partido en dos casi hasta el cuello...

Holymount pensó de inmediato en la media luna borneana. También pensó en Timur. Pero éste no había sido, supuso de inmediato. Timur habría arrojado aquella terrible arma, decapitando a su víctima...

Marcia le tocó en el hombro, impaciente. Holymount se volvió hacia ella.

—Aguarda un momento —dijo—. Pete, ¿puedes reunir a los muchachos en mi casa? Quiero hablarlos a todos y es muy urgente.

—¿A estas horas? —se asombró el Telescopio.

—Sí. —Holymount miró su reloj de pulsera—. Son las siete y media de la tarde. A las nueve en punto, quiero verlos a todos. Sin falta, ¿me has oído?

—Edsel, tú no nos quieres bien —dijo Cuss con acento plañidero.

—Todo lo contrario, sois mis mejores amigos —rió el joven.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Marcia.

—Bien, ahora tengo que marcharme. Voy a celebrar una reunión con un grupo de amigos, para concretar detalles sobre el plan que nos permitirá recobrar la diosa —dijo.

—¿Estás seguro? —preguntó ella ansiosamente.

—Cuando se actúa sobre la base de hipótesis, nunca se puede estar absolutamente seguro, aunque las probabilidades estén casi por completo a favor —respondió Holymount—. Pero me siento moderadamente optimista.

Ella suspiró.

—Ojalá lo consigas —deseó.

—Eso espero. Todo depende también de la psicología, de los personajes que intervienen en la comedia...; no, es un drama, puesto que ha habido muchas muertes. Pero creo que los personajes actuarán precisamente en el sentido deseado.

—Edsel, no me gustaría que fracasaras —dijo Marcia.

—En tal caso, buscaría otra solución; aunque no creo que sea necesario. Todo saldrá bien, no te preocupes.

Ella entornó los ojos.

—No sé por qué, pero apostaré algo bueno a que ya sabes dónde está la diosa —exclamó.

Holymount se echó a reír.

—Marcia, si quieres esconder un libro, ¿dónde lo pondrías? —preguntó.

—Pues... no sé... En una biblioteca...

—Exactamente. Todo el mundo buscaría el libro por cualquier parte, menos en un lugar lleno de estanterías repletas de libros. Si quisieras esconder un árbol, no lo llevarías a un desierto, sino a un bosque, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Y eso significa...

—Significa, sencillamente, que una obra de arte está con otras obras de arte.

Marcia le miró fijamente.

—Edsel, «él» no...

—No la tiene, pero ha intervenido en el asunto y de manera muy directa —afirmó Holymount—. A propósito, tengo que llevarme la copia de la joya. La necesito.

Holymount agarró la estatua la guardó en la bolsa de terciopelo en que la había llevado hasta la casa. Luego se dirigió hacia la puerta.

Marcia dio un paso adelante.

—Edsel, iré contigo...

—¡No! —Prohibió él, tajante—. Lo siento, preciosa; tu presencia resultaría contraproducente.

Abrió la puerta y, tras un segundo de duda, se volvió hacia la muchacha.

—Ah, si viene «él» procura comportarte con naturalidad. No demuestres que estás enterada de... su comportamiento.

—No sé si podré hacerlo —dudó Marcia.

—Si te traicionas lo echarás todo a perder...; puede que incluso tu delicado cuello. Tenlo presente cuando lo veas.

—Sí, lo procuraré, Edsel... ¡Suerte!

Holymount sonrió, a la vez que hacía un gesto de asentimiento. Luego cerró la puerta y se encaminó al encuentro con sus amigos.

Pete Cuss dio un puñetazo sobre la mesa al conocer las intenciones del joven.

—¡Estás loco! Ni por un millón de dólares haría yo una cosa semejante —barbotó.

—Ni yo —agregó Rickie Small.

Impávido, Holymount miró a sus dos amigos. Aún había tres hombres más en la estancia, los cuales, al igual que los anteriores, se mostraban sumamente recelosos. El joven se dijo que iba a tener que utilizar todo su poder de persuasión para convencerles de que colaborasen en su plan.

—Estamos en una ciudad occidental, perfectamente civilizada, no en una selva... —empezó a decir Cuss, pero Holymount le interrumpió rápidamente.

—Muchas veces has dicho que esto es una selva, sobre todo, cuando Homer Pulligan te apretaba las tuercas, justificando así su apodo; ¿no es cierto?

—Sí, pero ¿qué diablos tiene que ver ese bastardo con lo que nos propones?

—Más de lo que crees —respondió el joven. Movi6 la mano en semicírculo—. Todos vosotros tenéis ganas de ajustar las cuentas con Pulligan, me parece.

Hubo un coro de afirmaciones, más o menos rotundas, pero todos coincidieron en la respuesta.

—Está bien —continuó Holymount—. Entonces, os voy a dar las instrucciones finales. Tú, Picasso, te encargarás del maquillaje. Trabajaste como ayudante de maquillador en unos estudios, ¿no es así?

Ronnie Danis, alias Picasso por sus aficiones pictóricas, hizo un gesto de aquiescencia.

—Era bastante bueno —se afanó—. Pero tuve aquel tropiezo...

—Ya, el jefe de maquillaje te sorprendió con su querida en la cama —sonrió Holymount.

—Sólo estaba enseñándole los secretos de la cosmética —se defendió Davis virtuosamente.

—Corramos un tupido velo sobre el caso. —Holymount puso unos billetes sobre la mesa—. Compra todo lo que te haga falta, Ronnie.

—¿Cuándo hemos de empezar?

—Probablemente, a partir de mañana por la tarde, a última hora. Pero ya concretaré el tiempo exacto. Pete, me pondré en contacto contigo.

Cuss se rascó la mejilla con el pulgar.

—Oye, ¿cómo sabes que Pulligan...?

—Era un gran amigo de Brelph, tú mismo me lo has dicho en más de una ocasión. Apenas hace dos semanas, los viste juntos. Al día siguiente, Pulligan y sus secuaces empezaron a apretar las tuercas a sus «protegidos».

—Sí, es cierto; pero yo pensé siempre que Pulligan era el jefe.

—El jefe visible, el que da la cara, pero no el auténtico jefe. Y si pescamos a éste, Pulligan le seguirá como el rabo al perro.

—Siempre que no sea un perro con el rabo cortado —rió Picasso.

Los otros rieron también. Holymount sonrió.

—Más os divertiréis mañana por la noche —afirme rotundamente.

Al día siguiente, muy temprano, Holymount regresó a su casa. Timur le recibió expectante y un poco enojado.

—Yo estar solo. No tener noticias tuyas —se quejó.

—Dispénsame, Tarakan —rogó el joven—. He estado muy ocupado.

—Así no poder recobrar nunca la diosa...

—Te equivocas.

Holymount llevaba en la mano una bolsa de terciopelo negro, que puso sobre una mesa. Aflojó los cordones, bajó la tela y la estatua quedó al descubierto.

Timur se acercó a la joya y la contempló en silencio durante unos momentos. Luego golpeó el jade con la uña del índice.

Una nota musical se expandió, con graves sonoridades sobre el ambiente. Timur ladeó la cabeza para escuchar con gran atención. Pasados unos segundos, se volvió sonriendo hacia el joven.

—Es ella —dijo.

Holymount asintió.

—Sí —confirmó.

—Gran amigo, ¿qué poder hacer yo para agradecer...?

—Sólo una cosa, Timur. Aquí, las leyes son muy distintas a las de tu país. Ciertamente, las personas que murieron a tus manos merecían sin duda morir, pero no tenías autoridad para ello. Si quieres agradecerme de veras lo que he hecho vuelve cuanto antes a Borneo.

Timur asintió.

—Ser buena idea —convino.

—Te acompañaré al aeropuerto. Necesitas que alguien te ayude a solventar algunos pequeños problemas.

Timur puso una morena mano sobre el hombro del joven.

—Tú venir un día a nuestro pueblo. Ser huésped de nosotros, siempre bienvenido. Hacer ceremonia en tu honor y acompañarte en cacería cabezas humanas. Yo procurar que tú conseguir gran trofeo...

Holymount se estremeció.

—No gustar esos trofeos... Perdón, no quise ofenderte. Me conformo con tu amistad.

—Amistad eterna —prometió Timur—. Yo ser siempre amigo tuyo y de joven pelo negro. Cuando tener hijos, traerlos allí; yo enseñarles cortar cabezas y cazar fieras.

—Sí, algún día, tal vez, vayamos por allí —contestó Holymount, pensando en que si un día tenía hijos lo último que haría sería llevarlos a Borneo.

De pronto, Timur metió la mano en un bolsillo y sacó algo que entregó al joven.

—Regalar mujer de pelo negro —dijo.

Holymount contempló estupefacto la enorme esmeralda que le había entregado el borneano. Quiso rechazarla, pero Timur le obligó a cerrar los dedos de la mano sobre la piedra preciosa.

—Dar mucha suerte. Esmeralda no hacer llorar lágrimas de sangre —aseguró.

CAPÍTULO XII

Langhorne miró atravesadamente al hombre que acababa de entrar en su lujoso despacho.

—Señor Holymount —dijo—, he accedido a recibirle por un exceso de cortesía, pero no porque sienta grandes deseos de verle, sino todo lo contrario. Exponga rápidamente lo que tenga que decirme y márchese cuanto antes.

—No es usted muy amable —sonrió el joven—. Sobre todo, después de haberse mostrado dispuesto a pagarme trescientos mil dólares por la estatua de jade.

—Fue un error...

—Fue un farol. Usted no pensaba pagar un centavo por lo que ya estaba en su poder.

Langhorne se echó a reír.

—Admiro su sentido del humor...

—Esto no es una broma. —Holymount se sentó tranquilamente en el borde de la mesa—. Cuando yo le visité, ya tenía la estatua en casa. Alguien se la entregó y yo sé quién lo hizo.

Langhorne se puso rígido.

—Será mejor que se marche —dijo secamente.

—No tan deprisa. Aguardo al hombre que robó la estatua para usted y que, para conseguirla, cometió dos asesinatos... aquella noche, porque luego mató a otra persona, por menos. Y ese hombre estaba enterado, desde el primer omento de que yo iba a intervenir en el caso porque, al menos, en dos ocasiones, intentó que me asesinaran, aunque contando con su ayuda, porque usted le proporcionó los asesinos: el del revólver, que murió acuchillado, y el del automóvil, que saltó fuera de la carretera.

—Me parece que sabe demasiado, Holymount —dijo Langhorne acerbamente.

—He tenido bastante trabajo para llegar hasta el final pero

mereció la pena. Langhorne, usted hizo que Ralph me siguiera. Así se enteró de que yo había encargado una copia de la estatua y decidió conseguirla, a fin de esconder el original y evitar que se lo pudieran robar algún día. Si alguien le acusaba, usted podría defenderse siempre enseñando la copia. Pero no pudo conseguirla y sigue poseyendo el original.

—Tendré que matarle —masculló el sujeto entre dientes.

De súbito, abrió la puerta. Fogarty entró en el despacho.

—Ya estoy aquí —anunció—. ¿Qué quería de mí, señor Langhorne? —Reparó en Holymount y frunció el ceño—. ¿Qué diablos hace este hombre en su casa? —exclame airadamente.

—Pase, pase, Cal —sonrió el joven—. Su amigo Langhorne y yo estábamos sosteniendo una interesante conversad Resultará aún más interesante a partir de este momento.

Fogarty palideció.

—¿Qué le ha dicho, señor Langhorne?

—Lo sabe todo, idiota —masculló el aludido—. Tenemos que quitárnoslo de en medio.

—¿Usarán un rifle, como hizo Fogarty con Stella Bruckner? —sonrió el joven—. La pobre Stella aceptó tomar parte en el juego y me atrajo a la villa del lago, pero no sabía entonces que estaba condenada a muerte. Calvin, usted la conquistó y la atrajo a su bando, ¿verdad? Sobre todo, porque debía un montón de dinero a Langhorne y éste le apretaba a fondo y tenía que hacer todo lo que él le ordenase o su propia vida correría peligro. ¿Verdad que es así como sucedió?

Fogarty estaba lívido. Antes de que pudiera contestar, se abrió violentamente la puerta y una serie de individuos de tez morena, con horribles cicatrices en la cara, aparecieron en la estancia, blandiendo unos cuchillos de dimensiones más que respetables.

—Nosotros querer diosa —aulló Pete Cuss.

Ronnie Davis saltó sobre Fogarty y apoyó el cuchillo en su garganta.

—¿Dónde está nuestra diosa? —preguntó.

Langhorne se sentía aterrado. Dos salvajes estaban a ambos lados y parecían dispuestos a cortarle la cabeza.

—Vamos, hablar pronto o matar —gruñó Rickie Small, enseñando unos dientes horribles, afilados en forma triangular.

Fogarty lanzó un chillido de pánico.

—¡Allí, allí!

Su mano fue hacia la estatua románica de la Virgen con el Niño. Cuss corrió hacia la hornacina, apartó la estatua y sacó de su interior la estatua. Al sonreír, enseñaba también dientes triangulares.

—Conseguir lo que querer —dijo—. Nosotros perdonar la ida.

Small apoyó su cuchillo en la garganta de Langhorne.

—¿Quién robar estatua? —preguntó.

Langhorne tendió una mano temblorosa hacia Fogarty.

—El... —dijo, lleno de pánico.

—¿Cómo llamar?

—Calvin Fogarty... Mató también al profesor Rybolt y a su mayordomo.

—¿Usted ordenar?

—Si...

—Repetir —dijo Small autoritariamente.

—Yo ordené a Fogarty que robase la estatua.

—Ser suficiente —exclamó Cuss—. Nosotros marchar; ya tener diosa.

Los supuestos salvajes desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Langhorne sudaba todavía de pánico.

—Pero ¿de dónde han salido...?

Miró a Holymount y empezó a comprender la verdad. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Fogarty sacó un revólver.

—Langhorne, no voy a permitir que esto se sepa —dijo.

Holymount frunció el ceño.

—Cuidado con las armas de fuego —exclamó—. El diablo las carga. Y si mató al profesor y a su mayordomo, tendrá que afrontar las consecuencias. No me mire así —añadió—. ¿Me cree tan tonto como para no haber avisado a un buen amigo de lo que iba a hacer?

Fogarty vaciló.

—Langhorne, tiene que sacarme de este atolladero —suplicó—. Si me atrapa la policía, lo diré todo...

Bruscamente, Langhorne sacó un revólver del cajón de su mesa y disparó contra el exprometido de Marcia. Fogarty lanzó un aullido, soltó el arma y se llevó las manos al pecho.

Holymount arrojó un cenicero, alcanzando la mano armada de Langhorne, quien perdió el revólver. En aquel instante, Fogarty se desplomaba al suelo.

Se oyó una sirena policíaca. Langhorne miró al joven con ojos llenos de pánico.

—Diremos que ha sido un accidente y que lo herí al defenderme de los salvajes... Holymount, ayúdeme; le daré lo que me pida...

El joven miró a Fogarty, quien se agitaba en el suelo, en sus últimas convulsiones.

—¿Qué salvajes? —preguntó.

—¡Los que amenazaron con cortarme el cuello! —gritó Langhorne—. Usted los vio tan bien como yo...

—Temo que se equivoca. Aquí no han entrado salvajes de ninguna especie —dijo el joven fríamente.

Dos agentes de policía, pistola en mano, irrumpieron en la estancia.

—¡Levanten las manos! —ordenó uno de ellos.

Holymount sonrió.

—Con mucho gusto —contestó.

Langhorne no tenía fuerzas para resistirse. Miró al joven nuevamente y comprendió que su derrota era irremisible.

—Fue un accidente... Entraron unos salvajes... Querían cortarme el cuello...

Holymount se volvió hacia los policías.

—No sé de qué está hablando este hombre —dijo—. Discutió con el que ven ahí caído y le pegó un tiro. Parece ser que la discusión sobrevino acerca del reparto del dinero que obtenían con sus extorsiones. De todos modos, en la caja fuerte de Langhorne encontrarán documentos muy valiosos sobre el particular.

Se oyó otra sirena. Acudían más policías.

Uno de los guardias esposó a Langhorne.

—Tendrá que acompañarnos a la comisaría —se dirigió a Holymount.

—Por supuesto, agente —accedió el joven.

Meneó la cabeza.

—No sé de dónde diablos sacó el asalto de unos salvajes. En esta ciudad, en pleno siglo xx... La verdad, hay gente con falta de imaginación —dijo sarcásticamente.

Sonó un estampido. Riendo alegremente, Cuss se apresuró a llenar las copas de champaña que cada uno de los asistentes tenían en sus manos.

—Langhorne, en la cárcel. Pulligan y Tillson, en la cárcel... ¡Esto es vida, muchachos! —exclamó alborozadamente.

—Propongo un brindis —dijo Small—. Por el juez que se encargue de sentenciarlos.

La propuesta fue acogida con calurosas muestras de aprobación. El único que no decía nada era Holymount, muy atareado con un lápiz y un cuaderno.

—Pues, señor —masculló de pronto—, entre los tres mil dólares de Millman, los gastos de «maquillaje» y armas de guardarrope, los gastos de «observación» y los imprevistos, el caso es que me han volado los diez mil «pavos» de Ernie.

—No te apures, hombre —dijo Ronnie Davis—. Te van a pagar veinticinco mil por las joyas recuperadas. Vamos, toma un trago de champaña y olvídate de la cuestión monetaria.

Holymount sonrió.

—Parece que les teníais ganas a Pulligan y Tillson —comentó.

—No lo sabes bien —suspiró Cuss.

—Un par de hienas...

—Con los documentos que se encontraron en la caja fuerte de Langhorne, el juez tiene materia más que suficiente para ponerles una docena de años a la «sombra».

—La calle estará más limpia sin ellos...

Holymount sonrió. Se acercó a una consola y contempló la copia de Bela

Phi-Tu

que había sido extraída del hueco de la Virgen.

—Es una copia... y la estatua de la Virgen una pésima imitación —dijo—. Langhorne pasaba por millonario y experto en arte, pero era mucho más experto en sacar dinero a la gente por métodos nada honestos.

—

O'Tyne

también estaba en sus garras, ¿verdad? —dijo Da vis.

El joven asintió.

—Sin embargo, el que lo mató fue Fogarty, precisamente por la

estatua —murmuró—. Fogarty se sabía engañado; había robado la estatua, no sabía dónde estaba y se daba cuenta de que su derrota se acercaba a pasos agigantados.

—Pero debía saber que la tenía Langhorne —adujo Cuss.

—El verdadero experto era

O'Tyne

y estaba de acuerdo con Langhorne. Fogarty pensaba que

O'Tyne

guardaba la estatua en el museo. Cuando

O'Tyne

lo negó, creyó que le engañaba y le abrió la cabeza con la media luna borneana.

—Si hubiera sido Timur, se la habría llevado como trofeo a su pueblo —se estremeció Small.

—Bueno, ya no tenemos que preocuparnos por esos tipos —dijo Davis alegremente—. Pete, otra copa —pidió.

—¿Hay una para mí? —Sonó de pronto la voz de Marcia Sterling—. Porque aquí se está celebrando algo y estoy viendo que me han dado de lado.

Holymount se puso en pie instantáneamente.

—Perdona, Marcia —se disculpó—. Pensé que no te gustaría asistir a la reunión.

Ella recorrió con la mirada los rostros de los cinco hombres que acompañaban al joven.

—Son tus amigos —dijo.

—Sí, en efecto.

—¿Y... también cómplices en la «recuperación» de joyas?

—Me ayudan, pero tienen su *modus vivendi* propio. Son unos muchachos estupendos.

Ella suspiró.

—Lo cual no se puede decir de otras personas —exclamó.

Cuss se puso una mano en el pecho e inclinó la cabeza.

—Paz a los muertos —dijo solemnemente.

Davis entregó una copa a la muchacha.

—Ahora brindaremos por otra cosa —dijo.

—¿Por qué? —inquirió Marcia.

Davis le guiñó un ojo.

—Ese hombre ha tenido muchas joyas en las manos, pero

ninguna como la que tendrá de ahora en adelante —exclamó maliciosamente.

Ella se sonrojó.

—Bueno, todavía no...

—Ah —exclamó Holymount súbitamente—. Hablando de joyas... —Sacó la esmeralda y se la entregó a Marcia—. Timur me la dio para ti —añadió.

Sonaron algunos silbidos. Small y Cuss se enzarzaron en una discusión acerca del valor de la piedra. Davis les empujó sin ceremonias hacia la puerta.

—¡Despejen! —gritó—. A Edsel le gusta «actuar» a solas.

Holymount sonrió.

—No siempre es cierto —dijo, con los ojos fijos en los de la muchacha.

La puerta se cerró. Marcia y Holymount quedaron solos.

—¿Seguirás trabajando en lo mismo, Edsel? —preguntó ella.

—No es un mal oficio —respondió Holymount.

—Algún día puedes verte en un lío gordo...

—Tal vez. De todos modos, si no te gusta, puedo cambiar de profesión. Por ejemplo, podría dedicarme a tasar joyas, obras de arte... Entiendo bastante, créeme.

—Siendo así, yo te ayudaría —dijo ella.

—De todos, creo que tenemos tiempo de pensarlo. Antes de empezar a idear un nuevo trabajo, ¿por qué no pensamos en otra cosa?

—¿En qué, Edsel?

Holymount la abrazó.

—Recuerda la profecía de Timur —dijo.

Ella se alarmó.

—Para eso, hay que casarse antes —exclamó.

—Hombre, si no hay otro remedio...

Holymount volvió a mirarla y sonrió.

—De acuerdo, nos casaremos —añadió—. Suponiendo que hayas olvidado a...

—Está olvidado —dijo ella rápidamente.

Holymount la besó.

—Oírte eso me gusta muchísimo —dijo.

—Estaba equivocada...

—No hables más —cortó él. Y cuando se disponía a besarla nuevamente, Cuss abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Edsel, lo había olvidado —exclamó—. Han robado joyas valoradas en cuatrocientos cincuenta mil dólares y me parece que sé quién las tiene...

Cuss se interrumpió. Movi6 la cabeza y sonrió.

—Creo que no le importa —dijo.

Y cerró suavemente.

Los otros aguardaban fuera y le miraron ansiosamente. Cuss volvió a sonreír.

—Esa joya no admite reparto —afirmó.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

